

SECCION DOCTRINAL.

LOS SABIOS DEL DIA. (1)

II.

El absurdo atrae como el abismo, y el sér que bosquejamos no es una naturaleza privilegiada que pueda sustraerse al imperio de esta ley impuesta á la flaqueza de la razon humana y á la debilidad de nuestros sentidos; y el caos de lo que me atrevo á llamar sus ideas, produce naturalmente el caos de su lenguaje, porque habla una lengua en la que se halla trastornado el sentido íntimo de las palabras: llama valor á la cobardía moral del suicidio, á la soberbia dignidad, á los vicios necesidades, ilustracion á la libertad de las costumbres, derecho á la fuerza, ley al éxito, á la impiedad despreocupacion, fanatismo á la fe. Vuélvase al revés el diccionario, y se obtendrá la idea exata de su lenguaje.

Hay ocasiones en que el escándalo de las mujeres públicas que á todas horas se encuentran en las calles principales de Madrid, obliga á las autoridades á recoger esos prospectos vivos del vicio por pura decencia. Entónces nuestro filósofo censura ágríamente aquel atentado contra el derecho individual. Toda su compasion se subleva en favor de esas pobres mujeres que especulan con sus encantos como otros especulan con su talento, que viven de ellos como viven los demás de su fuerza ó de sus negocios, de su patrimonio ó de sus

(1) Véase el número anterior.

rentas. ¿Acaso—pregunta—es ménos legítima la propiedad de la juventud y de los atractivos personales que la de una herencia? La civilizacion—añade—no consiente las proscripciones arbitrarias. Convengo en que se las sujete á una inspeccion higiénica, porque al fin *salus populi suprema lex*; pero sustraerlas de la circulacion, restarlas de la vida comun á que todos tenemos igual derecho, es una confiscacion que ninguna ley autoriza. No reconozco en la sociedad aptitud suficiente para perseguir á la naturaleza.

Así se esplica: mas no se trata de esos séres ciertamente infortunados que se revuelcan en el cieno del mundo; se trata en verdad de otras mujeres mucho más dichosas que han consagrado su vida á la oracion y á la penitencia; no se trata de recluirlas por algunos dias, sino de excluir las para siempre; no es que se las obliga á ocultarse en sus casas por algunas horas, sino que se las arroja de ellas para que no vuelvan; no es que se les niega la calle, sino que se les quita la casa. Se trata, pues, de una comunidad de monjas que poseen la celda que habitan, y el templo en que oran, y el claustro en que se mortifican, con más título que los reyes sus coronas, con tanto derecho como el propietario su hacienda; mas llega un dia en que la autoridad allana el recinto sagrado de este hogar bendecido, y con la más sencilla naturalidad se apropia lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Aquí nuestro filósofo no puede ocultar la satisfaccion que experimenta.

¡Monjas!.. esclama... ¿y para qué sirven? ¿qué beneficios traen al mundo esos séres fósiles encerrados entre los muros del convento? En los siglos bárbaros han podido pasar á la sombra del oscurantismo esas mutilaciones de la humanidad; pero los adelantos del siglo las proscriben; la civilizacion reclama el concurso de todas las fuerzas sociales para realizar su grande obra, y la naturaleza se indigna de que así se defrauden sus derechos.

Estos dos rasgos determinan claramente su fisonomía intelectual y su fisonomía moral; pero posee otro más inequívoco, porque la faccion dominante de su entendimiento es el error, el *horror á los curas*.

Siempre encontrareis en él un fondo de amable indulgencia en favor de los falsos cultos. ¡Mahoma...! Bah. Bien se pueden perdonar las falsedades del profeta por las delicias del serrallo; porque al fin, ¡qué demonio! la religion del alfanje promete un cielo bastante voluptuoso; si bien se mira, el paraíso que la civilizacion moderna nos tiene prometido no es más que el edén de los musulmanes realizado en la tierra. Los judíos congregados en la sinagoga son los restos de un pueblo que se sobrevive, las ruínas de un monumento de la antigüedad, un objeto arqueológico. Además es una raza de mercaderes que se amolda perfectamente al movimiento mercantil del siglo; porque, si aún esperan al Mesías, mientras no llega, su dios es el oro. El pastor protestante, sea la que quiera la secta á que pertenezca, podrá tener sus preocupaciones religiosas; pero al fin es un hombre que se casa, que turna, digámoslo así, entre la propaganda de la secta y la propagacion de la especie; es un hombre como otro cualquiera, que en sabiendo leer unos cuantos versículos de su Biblia ha cumplido con todos los deberes de su ministerio. De sombrerero puede pasar á obispo. En la aldea ó en el barrio en que vive no pasa de ser un buen hombre, que en realidad no ejerce ningun magisterio; su casa, su mujer, sus hijos, y algunas hojas de su Biblia, hé ahí toda su teología. No es molesto ni á las flaquezas, ni á los extravíos de la naturaleza humana. Las costumbres, que las arregle la policía; lo lícito y lo ilícito corresponde definirlo á las leyes civiles, y él no se mete en más honduras. Fuera de los furores puramente sectarios que pueda padecer, su fe es bastante tibia; su conviccion carece del entusiasmo, del fuego en que se templan los sacrificios. No es un héroe ni será jamás un mártir. Nuestro filósofo no ve en esos cultos ningun peligro serio para la impiedad. Si su ilustracion filosófica le permitiera adoptar alguna religion positiva, viviria mejor bajo el papado de la reina Victoria, que bajo el papado de Pio IX.

Pero no le habéis del sacerdote católico, porque no puede soportar la idea de su ministerio. Experimenta hácia las sotanas, lo mismo negras que purpúreas, una antipatía inven-

cible. Parece que son los fantasmas que turban los sueños de su vida... ¡los curas! ¡Oh! no puede con ellos. Como Neron, desearia que no tuviesen más que una cabeza para cortarla de un solo golpe. No les perdonará nunca que impriman en el niño que acaba de nacer la gracia del bautismo, que absuelvan en el Tribunal de la penitencia al pecador arrepentido, que tengan en sus manos el nudo sagrado de los lazos indisolubles, que sean ellos en fin los que levanten nuestro espíritu en la hora suprema de la muerte, y bendigan nuestra sepultura. La Iglesia es la pesadilla de la razon y la desesperacion de su filosofia. Se irrita al verla sobrevivir á la muerte á que tiene condenada *la ciencia*. Por todas partes le sale al paso; en la historia, en el arte, en las ruinas, en los recuerdos de lo pasado, en las agitaciones de lo presente, en las esperanzas de lo porvenir; oye sus cánticos siempre augustos, tristes en los dias de las tribulaciones, alegres en los dias del regocijo. La cruz, siempre la cruz, en las cúpulas de los templos, en el humilde techo de las cabañas, en la soledad de los caminos, en las puertas de los cementerios; la cruz en las regiones salvajes donde no han podido penetrar las conquistas de la espada, ni las conquistas de la ciencia; la cruz allí donde hay estragos que contener, corazones que amar, almas que redimir; la cruz multiplicándose por toda la superficie de la tierra, proscrita y triunfante, perseguida y á la vez vencedora.

Más aún; la cruz suspendida como signo de honor en el pecho de muchos que la ultrajan y de tantos como la denigran; la cruz como testimonio de verdad, como fe de juramento, en los labios de aquellos mismos que la escarnecen.

No puede perdonarle su influencia en la familia, su importancia en la sociedad, su gloria en el mundo. No concibe cómo el siglo, que todo lo sabe, que todo lo puede y que todo lo quiere, no ha podido todavía secularizar la fe. *Los curas, esas manos muertas*, son los que mantienen viva en el fondo del hogar doméstico la rebelion contra los mandatos de la impiedad. Se les empobrece, y no mueren; se les persigue, y no se acaban; se les degüella, y viven.

Vedlo indignado contra la expulsión de los moriscos, invocar en su favor la justicia, el derecho y las conveniencias políticas; pero á renglon seguido, ó mejor dicho, á la vuelta de la hoja, lo vereis aprobar, enaltecer, aplaudir la expulsión de los jesuitas.

Hemos pronunciado el nombre que acaba con el último resto de su paciencia. ¡Jesuitas! ¡Ah! Esas sotanas y esos breviarios ambulantes que cruzan los mares y penetran en los desiertos, y buscan á los enfermos en los horrores del contagio; que persuaden, que enseñan, que predicán, que convierten y que bendicen, que poseen los secretos de todos los conocimientos humanos, que propagan la fe al mismo tiempo que la ciencia, son verdaderamente irresistibles. Asociación tenebrosa que mina los caminos por donde marcha el carro de la civilización moderna.

Donde los veais perseguidos por la lengua, el escarnio ó el desprecio de la injuria ó de la calumnia, allí podeis decir que habla toda la ciencia del filósofo que os describo, porque la quinta esencia de sus conocimientos, el *númen* de su sabiduría, lo más trascendental de su doctrina, es el horror á los *curas*.

Mas no se crea que su animadversión traspasa inconsideradamente todos los límites y arrolla en su furor los términos de todas las conveniencias. No: suele detenerse ante el respeto de ciertas consideraciones; alguna vez se transforma el rencor en benevolencia, la injuria en alabanza.

Por ejemplo; puede encontrarse bajo la corona del sacerdote extravíos culpables, flaqueza de la materia humana, algo ó mucho quizá de las corrupciones del siglo; y si al mismo tiempo encuentra la tolerancia, es decir, la complicidad que la perversion de las costumbres dispensa siempre á la perversion de las ideas, entónces no ven los ojos de su filosofía un *cura* intolerable, un *cura* odioso ó un *cura* risible, sino un cura razonable, un cura á la altura del siglo, un cura ilustrado. Lo encuentra, digámoslo así, en su terreno, y ya no tiene inconveniente en estrechar su mano. ¡Qué satisfacción para la ciencia!

Aun puede llevar más lejos su condescendencia, porque el sacerdote despreocupado puede á la vez ilustrarse hasta el punto de caer en la apostasía. ¡Entónces sí que lo protege y lo admira! ¡Qué entusiasmo experimenta ante el espectáculo de esas tristes decepciones! Parece que necesita despreciarlo para no perseguirlo.

Tal es la fisonomía interior de este filósofo, la extension de sus conocimientos, y la índole moral que le sirve de gobierno. Krausista sin saberlo, *realiza su ciencia* viviendo abierto de par en par á todos los goces que el mundo le ofrece, en amigable intimidad con la naturaleza, esto es, con la suya, en la cual sólo encuentra las incitaciones de sus apetitos; como si la incredulidad ocupara todos los espacios de su entendimiento, suele carecer de otra aptitud. ¿Ha pasado por el claustro de alguna Universidad? Bueno, ha pasado; ¿y qué? Todo pasa en el mundo; tambien pasan en la circulacion de la moneda los duros falsos. ¿Ha salido de la Universidad con un título académico? Muy bien: pero hé aquí que los títulos académicos están en baja, como los títulos de la Deuda; representan 100 y sólo valen 12.

Sale, pues, con un 12 por 100 de ciencia médica; pero ¡ah! no lo ha pensado bien, porque le sale al paso un inconveniente que no habia previsto; la conspiracion teocrática lo persigue; los enfermos le piden á su ciencia ¡qué desatino! curas... Esta palabra se levanta ante sus ojos negra, como la oscuridad de su entendimiento. ¡Ah! Bien se puede morir todo el género humano; en su ciencia no hay curas, ni para las más ligeras dolencias, y huye de los enfermos como de la muerte, y se refugia en la vida de los Ateneos, de los cafés y de los clubs, en la vida donde hierve el movimiento filosófico de nuestro siglo; inmenso hospital de espíritus inválidos, en que todos parecen incurables.

Pero ¡vamos! si no cura, á lo ménos visita. El enfermo padece mucho, y llama á Dios en medio de sus angustias.

— ¡Dios! dice el médico con desden; medicamentos son los que hacen falta, y no plegarias.

— ¡Me muero! exclama el enfermo.

— Buena tontería, replica el médico.

—Quiero confesar, añade con voz acongojada.

—¡Confesar! repite el filósofo. ¡Bah!... el que confiesa la paga; ¡ea! veamos el pulso.

Y pulsando al enfermo, arquea filosóficamente las cejas, y dice:

—Concentracion de la vida, exaltacion nerviosa. La naturaleza nos pide auxilio. Por de pronto hay que alejar de aquí todo objeto que exalte la imaginacion: fuera ese Cristo que cuelga de la cabecera de la cama, ese relicario, esa estampa, esas velas; á las enfermedades no se las persuade con arrebatos místicos. El enfermo necesita mucho reposo, y no se le puede permitir que piense más que en la vida. Prohibo que éntre aquí ninguna sotana; son negras y anuncian la muerte.

Dicho esto, receta y se va tan fresco. Pero la naturaleza estaba por lo visto de pésimo humor, se rie muy formalmente de los recursos de la ciencia, y el enfermo se muere. En realidad el caso no es raro; mas sea como quiera, si no ha podido devolverle la salud, ha intentado por lo ménos enfermarle el alma. Y el llanto sobre el difunto. Aquella noche desenvuelve en el Ateneo, en el café, ó en el Casino, ó en las columnas de cualquier periódico, la siguiente tesis: «Influencia perniciosa de las supersticiones en el desarrollo de las enfermedades.» O en términos más claros: «La impiedad es higiénica.»

De la misma manera que es médico puede ser juriconsulto, porque en las Universidades del Estado hay títulos para todas las carreras, y es preciso que estos centros oficiales del saber humano tengan la manga ancha, para que el bolsillo pueda ser hondo. Si además de los derechos de matrícula y grados y títulos académicos se pidiese aptitud, aplicacion, estudio, los claustros universitarios acabarían por quedarse desiertos. Acaso se deba negar grados, títulos y matrículas á aquellos que no las merezcan; pero ¿se ha de proceder lo mismo con aquellos que las pagan?... Hay que tenerlo todo en cuenta. Bueno que un padre agote todos sus bienes de fortuna para dar carrera científica al hijo que ha de ser la esperanza de la familia; mas no ha de consumir el

hijo los mejores días de su vida en el estudio de tantas asignaturas como se le exigen. La enseñanza oficial es cara, muy cara, convengamos en ello; mas por lo mismo hay que hacerla fácil. No está al alcance de todas las fortunas, cierto; pero en cambio se halla al alcance de muchas incapacidades. ¿Qué más se puede hacer por vulgarizar la ciencia? La sabiduría que nos invade demuestra así que, por lo ménos, no es una sabiduría de tres al cuarto. Además, estos centros de enseñanza, colocados en las grandes poblaciones, ofrecen una ventaja evidente; lo que el estudiante no aprende en los libros y en las aulas, lo aprende en las disipaciones de la vida alegre; si no sale hecho un hombre de ciencia, saldrá hecho un hombre de mundo.

Nuestro filósofo, pues, posee un título de licenciado en Derecho. ¡Derecho! Bien; idea abstracta, concepto metafísico, puro idealismo que se desvanece en la realidad de la vida. En rigor, no reconoce más derechos que los *derechos del hombre*. Esta es la base de toda su jurisprudencia. Acerca de lo tuyo y de lo mío profesa variedad de teorías; pero tén-gase en cuenta que en lo tuyo y lo mío no entra nunca lo suyo: sin embargo, alguna vez le sonríe la idea de un falansterio. ¡Y quién sabe! ¿No será la existencia de los San Simones el anuncio del estado definitivo de la sociedad humana?

Como criminalista, lo encontrareis siempre furiosamente indignado contra la pena de muerte. La sociedad no puede disponer de la vida de nadie, porque ella no puede quitar lo que no da. Muy bien; mas entre los diversos conocimientos que forma la filosofía de este letrado, no será difícil tropezar con algunas ideas de esgrima, con alguna noción más ó ménos exacta acerca del tiro de pistola. En tal caso, una disputa en el café, una discusión de periódico á periódico, ocasionan un lance, y aquí tenemos á nuestro filósofo imponiendo la pena de muerte, constituyéndose á la vez en juez y en verdugo.

Y si no le son favorables los caprichos de la fortuna, porque la sociedad no hace justicia á sus talentos, porque el mundo loco no repara en su genio, porque juega y pierde,

porque la nobleza lo desespera ó la envidia lo envenena, resuelve muy filosóficamente que la vida es un peso insopor- table, y concibe el proyecto de quitarse de en medio. Apela al suicidio; es un criminal que no encuentra verdugo, y él mismo se ejecuta.

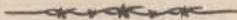
Difícilmente encontrareis en su corazon la ternura de los afectos, digámoslo sencillamente; él, que no quiere á Dios, ¿á quién puede querer? Posee todo el egoismo de la sensua- lidad; y como en rigor no ve con más ojos que con los de la carne, la idea de la verdadera belleza está á oscuras en su alma.

¡La humanidad! oh, si, *¡la humanidad!* Hé ahí su palabra favorita. No obstante, oidle, y vereis qué mal piensa de todos los demás hombres; no se sabe si es que los odia ó los desprecia. Su entendimiento viene á ser... como si dijéramos, una noche en *Mabille*, y en sus conversaciones aparece siem- pre el *can-can* de sus ideas.

Acaso mireis en todas direcciones buscando el tipo que os presento, como si se tratase de un sér raro, único, oculto en los rincones de la sociedad. No me sorprende: á fuerza de verlo, ya no lo conoceis; os habeis acostumbrado á su pre- sencia, á su trato, y no acertais á distinguirlo entre los demás mortales. ¿Dónde está? Aquí, allí, arriba, abajo, en todas partes; es el vulgo de la incredulidad, el somaten de la filo- sofía, la hez de la ciencia, la fisonomía contemporánea más comun y más propia de la civilizacion presente.

En verdad no es el tipo de una especie, sino más bien la vera efigie de una generacion. Es la epidemia filosófica, el contagio científico, los más crasos errores incubados en la más crasa ignorancia.

José SELGAS.



ERRORES MODERNOS. (1)

Señores: Lo grave de la ocasion embarga mi ánimo. Desde este sitio han hecho la apertura del Ateneo algunos de los más señalados oradores de nuestra patria: Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, Cánovas del Castillo, el marqués de Molins. ¡Qué nombres, señores! Sólo tiene derecho á hablaros en tan solemne momento el que sea igual á ellos. ¿Y cómo he de creerme yo su émulo y su igual? Pudo justificar vuestra eleccion para tan codiciado cargo mi constante y apasionado amor á esta corporacion insigne, en que, más jóven, he encontrado siempre la inspiracion y el calor que dan los altos pensamientos que aquí como en su patria natural palpitan y circulan, y en que ya (cuando más entrado en años veo desaparecer halagüeñas ilusiones, ó siento mi ánimo tomado de angustia y desencanto en medio de nuestros turbados dias) busco y hallo como en sagrado recinto la calma que consuela y fortifica, y el perfume de la ciencia, asilo hoy de los corazones desolados y las almas afligidas. Mas para caso tan grave como el presente, ¿tenia la autoridad que dan grandes victorias en empeños literarios ú obras en que se vean lucir lo profundo de la razon y lo escogido y variado de las doctrinas, ó trabajos de otra índole, de esos que granjean envidiable fama y renombre? ¿Tenia siquiera aquella posicion que mueve al respeto y prepara á la benevolencia?—Pedisteis sólo consejo á vuestro cariño hácia mí. ¡Quiera Dios que un momento de casual y feliz inspiracion me dé que pueda responder de algun modo á vuestras esperanzas!

¿Y con qué deberé yo ocupar hoy vuestra atencion? Mucho he vacilado, inclinándome á veces á tratar ora un problema, ora otro de los muchos que en nuestros dias nos apenan y conturban, así en el órden filófico como en el social, y aún en el de las ciencias que á la naturaleza se refieren; pero teniendo en cuenta la índole de este trabajo y el carácter de esta gran institucion, creada en los comienzos de nuestra regeneracion política para procurar y fomentar la

(1) Discurso de apertura del Ateneo de Madrid, pronunciado el dia 3 de Noviembre último por su Presidente. Reproducimos muy de grado este profundo y bello trabajo de nuestro ilustre amigo y colaborador, por el cual ha recibido valiosos plácemes de los filósofos más renombrados y ortodoxos de nuestros dias.

alta cultura del espíritu, y considerando las grandes necesidades que se sienten ahora en la esfera del pensamiento, me ha parecido que debiera tomar por asunto, no ya tal ó cual problema, sino el problema total de la ciencia y de la vida. No se trata hoy de renovar una ú otra rama de los saberes, ó tal ó cual parte de alguno de ellos, sino que se aspira á cambiar la ciencia toda, á mudar la manera de pensar, y para decirlo de una vez, á reemplazar la antigua concepcion del sér y de la vida, por nuevas, y algunas de ellas, extrañas concepciones. *Recedant vetera, nova sint omnia: destruam et ædificabo*: tales son algunos de los lemas que se ponen en esas arrogantes fábricas que por doquiera va levantando la razon moderna.—Y en medio de este trabajo, desacreditados los antiguos ideales, abierto el pensamiento á esperanzas de universal renovacion y de porvenir venturoso, y empeñado en variadas y opuestas direcciones que han iniciado hombres de singular audacia é ingenio peregrino, nos hallamos hoy rodeados de incertidumbres y de dudas, no sabiendo nuestra razon á dónde convertirse y cuál estrella polar tomar para orientarse.—Pues en esta hora de incertidumbre y fatiga, quizá penseis conmigo que es por demas conveniente echar una ojeada sobre el conjunto de ese trabajo gigantesco que se está cumpliendo á nuestra vista en las regiones de la ciencia, y con desinterés, y ya que con temor por lo difícil del acierto, pero con franqueza, ir señalando los principales errores que turban esas grandes corrientes, y ver así de preparar en la medida de nuestras fuerzas, y segun lo consienta la, todavía no bien aparejada al intento, hora presente, de preparar, vuelvo á decir, la sentencia final que habrá de pronunciar el espíritu de la historia, separando en su día el grano de la neguilla, y de la verdad, que funda, engrandece y eleva, el error, que destruye, pervierte y extravía.

I.

Uno de los más grandes y capitales errores que se han proclamado en la época moderna, es el que consiste en negar la realidad objetiva de los conceptos y principios racionales, ó si decimos de lo inteligible, de lo que en sí constituye lo verdadero, y aquel otro de que los conocimientos que se refieren á la experiencia sensible, nos ofrecen sólo una sombra, un reflejo de la realidad, en los cuales no son dadas las cosas y los séres como en sí son, sino como aparecen al hombre por su faz exterior, al mirarlos desde sí mismo con los vidrios ó cristales de sus sentidos y sus facultades.—Esta es la doctrina que expuso Kant en su conocida obra, la *Critica de la razon*

pura, que bien puede llamarse la expresion más hábil é ingeniosa, y el programa más claro y más terrible del escepticismo que se hiciera jamás. Semejantes gravísimos errores que atacan la raíz misma del conocimiento, han quedado en la ciencia desde la época de Kant como una tentacion de la razon y como un gran peligro para el saber del hombre. El positivismo contemporáneo se prevale hoy de esas doctrinas para hacer la guerra á la razon y á la filosofia, y afirma que lo universal, lo racional puro es idea sin realidad, concepto sin valor, un nombre no más con que se expresa el producto de la abstraccion y la generalizacion. Y despues declara universal la subjetividad de los mismos conocimientos sensibles, los cuales, segun él, no nos dicen sino la modificacion que experimenta eso que se llama alma humana, á la cual no traen nada que exprese lo que las cosas sean fuera de esa relacion de sensacion y percepcion que produce el conocimiento.

El primero de estos dos grandes errores parte en Kant de la idea y supuesto de que lo que es racional, puede ser cosa ociosa y arbitraria, cuando no se concibe que ello aparezca en la razon humana sino porque es racional, es decir, porque es exigido por toda razon, es decir además, porque nada puede existir que sea inteligible y adecuado sin que á ello se someta y por ello se gobierne: de donde se deduce que ello es real, ó lo que equivale á esto, que todo lo que existe en el mundo realiza ese racional puro, ó todavia mejor, en ello se encarna y se expresa.— Nace ese error en los positivistas de la idea y supuesto tambien falsos de que lo racional puro es una creacion de la humana inteligencia, cuando en puridad es sólo una revelacion que se hace á la misma, y que se hace espontáneamente y de suyo, como que ese elemento constituye el contenido virtual de toda razon, y por tanto de la razon humana que viene al mundo. Lo racional puro es lo absoluto, no lo absoluto sustantivo, es decir, no el sér absoluto, sino el pensamiento absoluto, lo que con profundo sentido se ha llamado el verbo, y por tanto, negarlo es afirmar el absurdo, es además afirmar lo imposible. Es afirmar lo absurdo, porque lo verdadero en sí es la base de toda afirmacion, y la afirmacion que vaya en contra de ello, es en todo el valor de la palabra el absurdo: es además afirmar lo imposible, porque al negarlo, la razon pretende colocarse por encima y fuera de sí misma, lo cual implica y es imposible.

Reconozcámoslo, señores, de una vez y para siempre: los principios que forman lo racional puro son ciertos con certidumbre absoluta: contra ellos no vale la negacion, y ellos valen contra todo es-

cepticismo; y á la manera que son el azote y el tormento de aquella ciencia que se orienta y va hácia la nada, dan apoyo firmísimo y clarísima luz á aquella otra que va hácia el sér y la existencia. Desde Platon y Aristóteles, que reconocieron y proclamaron su absoluto valor y legitimidad, esta convicción se ha mantenido en la filosofía europea, y despues de los trabajos que sobre ellos han hecho Hegel, Schleiermacher, Kuno Fischer, Trendelenburg, Euberweg, Krause, Cousin y otros muchos escritores, bien podríamos decir que los que los niegan y desconocen se colocan fuera de la línea de las grandes inteligencias.

En cuanto al segundo error, que niega la verdad del conocimiento experimental, la doctrina de Kant y la de los positivistas peca de un defecto análogo, es decir, de no saber traspasar el punto de vista subjetivo y de no comprender lo que es en sí el conocimiento. Supone Kant que el mundo exterior y aún el interior son mera apariencia; mas esta apariencia, ó es todo ello fantasmagoría y conjunto de figuras ó hechos arbitrarios y caprichosos, ó presenta un inteligible y cierto orden y belleza. Si lo presentan, ¿no ofrece esto una prueba, por un lado, de que ese mundo que se nos aparece es una realidad, y por otro, que él es como es dado; pues que pensar lo contrario es irracional y á veces imposible? Irracional decimos y á veces imposible, y en esto que indico se halla la refutación trascendental de este sistema que se presenta con aires de gran profundidad y que yo no puedo llamar sino ingenioso.—Este punto de vista crítico debe de combatirse desde las alturas de la ciencia primera, ó sea la metafísica, la cual declara que las cosas no pueden ser sino como son en la realidad actual, y nos la presenta la experiencia, es decir, que no hay más séres fuera y bajo de Dios sino la naturaleza y el espíritu, ni pueden darse en éste, ó en aquella, sino los individuos y las formas que conocemos, ni concebirse para su vida y la vida universal, leyes diferentes de las que realiza la experiencia. El criticismo ó subjetivismo padece del vicio fundamental de detenerse en el primer momento del conocer y del pensar, el cual es una preparacion ó digamos una investigación preliminar y nada más. Y con esto se ve obligado á detener con violencia el vuelo é impulso del pensamiento, el cual quiere referir cada cosa á su principio, cada parte ó individuo al todo que lo abarca ó contiene. Por eso cuando no se ve extraviado ó detenido por el escepticismo, siguiendo esa marcha natural, y más que natural necesaria segun ley lógica y científica, considera cada una de las cosas que se dan en conocimiento inmediato, *sub specie æterni*, como decia Espinosa, y de este modo llega á las cimas del

sér y de la existencia, allí ve la esencia de los séres, así los reales como los posibles, y la legislación que los gobierna, y desde esas cimas, observando que la realidad finita no puede ser más que expresión de las realidades ideales, da al mundo y á su conocimiento un carácter que le levanta sobre todas las dudas de las escuelas críticas y escépticas.—Antes que la moderna filosofía, desenvolviendo los elementos que ya se encontraban con sentido algo diferente en la tradición platónica, fijara y aclarase estos puntos de vista y maneras de ver de tan capital importancia, tenían excusa esas dudas y negaciones: teníanla en los tiempos de Kant; mas hoy yo no encuentro explicación plausible para ellas.

Ni ménos comprendo lo que sostiene en este punto con convicción cada día creciente el positivismo, cuyas ingeniosas observaciones yo no diré que no sean seductoras, pero carecen de sentido verdaderamente filosófico. Porque si es verdad que la sensación y áun la percepción ocasionada por ciertos sentidos dice sólo ó principalmente relación entre el objeto y el sujeto y no cualidad esencial de aquél, pero otros, y cabalmente aquellos en que fundamos ordinariamente el conocimiento, son representativos, y suministrándonos lo que las cosas manifiestan por su exterior al punto que llegan á la existencia, nos enseñan por este sólo hecho la esencia de esas cosas por la sencilla razón de que la esencia, una vez concretada y entrando en la corriente de la vida, no puede dejar de manifestarse, y de que no la es dado hacerlo sino en una forma adecuada á sí misma.—Esto se aclara y prueba fijándose en aquel principio cierto é indudable en toda verdadera metafísica, de que los séres del universo y las cosas que él contiene son realizaciones de ideas, y pensando en esto luégo al punto se ve que las ideas encarnándose toman forma y contorno, que las hacen visibles al ojo físico y á la humana inteligencia, y que al recoger el hombre por la observación las formas y figuras y colores y los varios giros y movimientos y los fenómenos tan variados que se despliegan en esa escena que alumbra el sol del firmamento, lo que ve en eso que llamamos apariencias son las vestiduras que toman las ideas, sus símbolos vivos bajo los cuales ellas palpitan, y al través de esas vestiduras ve las ideas que son la eterna y única esencia de la universalidad de los séres.—Después de haber afirmado lo indudable de los principios racionales, añadamos ahora que lo experimental y sensible es sólo la manifestación de las ideas realizadas y la exteriorización de la esencia de cada sér en cuanto vive y se desenvuelve, y como corolario que el conocimiento que de las cosas finitas adquirimos por medio de la observación es legítimo y

verdadero, y da á nuestro entendimiento la vision directa y adecuada de las realidades finitas.

Y ahora, como supremo resultado de estas afirmaciones preliminares, fuerza es añadir que mediante ese racional puro que forma el contenido y sustancia de la razon y de la humana como de cualquiera otra, nos es dado llegar á la certidumbre de la legitimidad de ese conocimiento relativo á los séres finitos, ó digamos de todo conocimiento experimental, y ulteriormente al conocimiento de la realidad suprema que llamamos Dios. Kant, en su trabajo crítico, ha pretendido negar al humano pensamiento la posibilidad de afirmar la existencia de Dios. Su trabajo, tan admirado y enaltecido, consiste en hacer en esta parte, como en las demas de la *Crítica de la razon pura*, un uso escéptico de la razon, y como la niega á ésta virtud y poder de hacer valer sus fallos como expresion de la verdad, llega por fuerza á la negacion; pero su procedimiento es arbitrario y sus argumentos no son á menudo sino paralogismos y sofismas. Hegel, ese autor que despues nos dará sólo un Dios pura nocion ó un Dios suma y compendio del espíritu humano, en la totalidad de sus manifestaciones y desarrollos, ha hecho, sin embargo, una crítica profunda del trabajo de Kant sobre esta materia, y su refutacion parecenos que no deja en pié ni uno sólo de los razonamientos del patriarca del moderno escepticismo. Estos, sin embargo, se repiten todos los dias, y en ellos pretende el ateismo hallar argumentos victoriosos. ¡Pobre y desconsoladora doctrina ésta del ateismo: y más que desconsoladora, falsisima y absurda!

La idea de Dios está supuesta en la vision de todo sér y de todo movimiento como su causa, su fundamento, su razon. Por eso sube á él la humana inteligencia por natural impulso y es atraida hácia él como á su centro. Porque es el principio y el origen de cuanto existe y la soberana explicacion de cuanto sucede y vive. El mundo es conjunto sistemático de séres y sustancias y de formas y de fuerzas. Partiendo desde lo último realizado, desde la humanidad, bajamos á los pueblos, de éstos á las familias, de las familias al hombre, de éste á los animales con sus órdenes, géneros, familias, especies ordenadas jerárquicamente, de éstas á las plantas con su infinita variedad de formas tambien armónicamente ordenadas: y descendiendo, vemos capas inmensas sobrepuestas en este nuestro mundo que de unas en otras nos llevan hasta las primitivas, y éstas á un momento en que el planeta se hallaba en estado incandescente, en estado de nebulosa, y lo mismo vemos ó sospechamos que ha pasado en otros mundos. Es decir, donde quiera vemos un proceso, una

historia, un encadenamiento de efectos y causas. En este proceso y esta historia, el espíritu humano conoce ya con más ó ménos precisión la hora en que aparecieron en el mundo las varias familias de séres: sabe que empezaron en un momento del tiempo, el cual no está separado por distancias que no pueda medir: en las grandes condensaciones y apariciones cósmicas, la distancia se agranda hasta parecer infinita; pero afirma que han empezado y, aunque lejano, declara el momento en que la nebulosa se enfrió y condensó, en que la materia cósmica hubo de reunirse en torno de un centro y de moverse sobre invisibles ejes; dice, en fin, que todo lo que sus oídos oyen y sus ojos ven, y cuanto sospecha ó induce como siendo y viviendo, en el cosmos ha empezado.—Ahora bien: en esta série de efectos y causas, ¿quién engendró el primer movimiento? Esa fuerza que produce los fenómenos, si no es sustancia y es sólo impulso, ¿de qué energía nace? ¿Quién ha diferenciado esa fuerza, quién creado los centros en torno de los cuales se ha concentrado la materia cósmica y esos otros que hacen girar los cuerpos estelares y planetarios en concertados movimientos? ¿Quién ha formulado la ley segun que se arreglan las moléculas, y dado á éstas, formas y moldes tan vistosos, ricos y variados; quién ha ideado las trazas del universo mundo y sus jerarquías y sus numerosas especies de séres?—La razón dice que para todo esto ha de haber una energía absoluta que ha producido esos comienzos, una fuerza eterna é increada de que es manifestación y resultado la que circula por el mundo, una causa que, además de inteligente y libre, sea trascendental, es decir, que sea exterior y superior á la série cósmica, porque sólo así se explica el comienzo, la evolución y la série. En resolución: el mundo, en cuanto es conjunto de séres finitos y condicionados, no se explica sino por un sér infinito y absoluto, ni en cuanto série de causas y efectos, se concibe sino como resultado de una causa absoluta que tenga en sí misma su propia razón.—Pues esa causa y ese sér es lo que llamamos Dios: sér inmenso, inconmensurable; fuerza eterna é increada, poder infinito que todo lo crea, sustancia absoluta y esencia absoluta que contiene en sí eminentemente todas las esencias y todas las sustancias; fuente inagotable de toda vida, *logos* absoluto, sumo bien y belleza suma, alfa, en fin, y omega de todas las cosas.

Al punto que aparece ante la razón, entreábranse para ella los mudos abismos del sér, y los grandes misterios de la vida reciben satisfactoria solución. Yo no comprendo, sin Dios, el pensamiento, ni la existencia, ni el vivir, ni el mudar, ni la razón, la verdad, la

belleza, ni la justicia. Él es quien todo lo aclara, quien todo lo ordena, quien todo lo funda: sin él no puede decirse ni de dónde las cosas vienen, ni por qué son, ni á dónde van: si regresando en la série de los séres se sube hasta él, nos da la unidad que condesa todas las diferencias: si ascendiendo en el orden de la vida ponemos en él el pensamiento, nos da la unidad que resuelve todas las contradicciones. Él es, pues, para la ciencia la luz de la razon, la suprema direccion, la estrella polar que la guia por los infinitos espacios de su larga carrera.

Las filosofías de esos hijos de la tierra, como les llama Platon, que se niegan á reconocer como existentes otras cosas que las que sus ojos ven y palpan sus manos, han arrojado al gran sér de su desdichada ciencia, y ella ha quedado rodeada de oscuridades y de sombras. Al dirigir la mirada sobre el mundo que nos ofrecen, se advierten en él vacíos inconmensurables, cuya contemplacion pone en el espíritu no sé qué estremecimiento ó estupor, ó impresion, que se parece á la que dejan en el hombre las tiniblas y la noche fria. ¿Qué concepcion pueden dar esas filosofías de la vida? ¿Cómo resolverán el problema de la existencia universal?

Ocasion es ahora de indicar los principales errores que las escuelas contemporáneas propagan al dar sus convicciones sobre esa cuestion.

II.

El primer grande error que vamos á examinar al llegar á este momento de la ciencia que constituye lo que se llama su parte objetiva, es ese á que hemos aludido en las últimas palabras, es á saber, el materialismo, el cual se designa con más propiedad llamándole mecanismo.—Este sistema quiere construir y explicar el mundo sin Dios, es decir, sin una causa trascendental que le dé origen y sin ideas, es decir, sin el elemento que da á cada sér su esencia y le diferencia y determina, y que da al mundo que pueda ser un organismo y un sistema.—El mecanismo pone como un absoluto la fuerza cósmica y el átomo ó molécula, y dotándola además de una virtud ó cualidad plástica, y, si vale la palabra, constructora y formatrix, la hace moverse en un *devenir* continuo y série ascendente, en la cual, mediante sólo impulso ciego y acciones y reacciones que se multiplican en un tiempo infinito, se verifican trasformaciones sin cuento y van brotando los mundos, y dentro de cada uno de ellos, ó si no dentro del que habitamos, los cristales, las rocas, los terrenos, y

después, como por arte de encantamiento, las plantas, los animales, los hombres y las sociedades, y el lenguaje, y las instituciones, y el arte, la ciencia, y, para decirlo de una vez, el mundo de la naturaleza y el del espíritu con todas sus grandezas, y todas sus armonías, y todas sus maravillas.

¡Pobre y desdichada concepción! Los átomos y las moléculas movidas y empujadas en el espacio infinito por esa fuerza indivisa é indeterminada que ella coloca en el comienzo de su proceso cósmico, no pueden producir ni nos dan sino la imágen de un polvo infinito, de un como torbellino, del cual sólo puede nacer el caos. Allí no existe principio de diferenciación, ni determinación, ni nada que sea apreciable é inteligible: el caos, éste es la forma necesaria y definitiva de semejante movimiento, que no puede expresarse ni concebirse sino como empujando, condensado y rarificando las moléculas. El caos no puede aclararse ni puede abrirse para dar paso al sér y á la vida sin una inteligencia que ordene y sin ideas que dirijan y determinen.— Esos génesis de Laplace y de Spencer, repetidos hoy hasta la saciedad por muchedumbre de escritores, parecenme ingeniosos artificios de que he de decir, aunque haya de escandalizar á muchos, que no pueden tenerse ante la ciencia imparcial y serena.

Y dado que admitamos los primeros grados del proceso, y suponiendo que esas formaciones sencillas y que pueden llamarse preliminares en el proceso general, pueden explicarse sin el primer impulso creador y formador y sin ideas ordenadoras, no es posible, fuera de todo razonable discurso el admitir esa explicación mecánica para todas las demás creaciones de la série evolutiva, aquellas cabalmente que expresan las verdaderas realidades ó si decimos los séres. En este punto la explicación mecánica considerada en el terreno filosófico raya en lo paradójico y lo absurdo. Porque suponer que la fuerza mecánica actuando con la materia y sobre ella pueda engendrar y dar de sí séres que expresan en su organización un plan regular, armónico y jerárquico en sus partes, el cual es como manifestación de un tipo, de un concepto: suponer que un movimiento de esa energía tan ciega, aunque se conciba como interior al mundo, pueda producir séres que tienen cualidades distintas y superiores á las del elemento que los engendra y potencias que van mucho más allá que la fuerza de que se derivan, tanto vale como afirmar, según dice á otro propósito Gratry, que una cantidad cualquiera puede aumentarse por sí misma sin adición alguna, que lo ménos puede hacerse más por sí mismo, que una corriente de agua puede subir más alto que está la fuente de que nace, que las conclusiones son

más extensas que las premisas, y en suma, que hay efectos sin causa. Por más que haga el positivismo materialista, nunca podrá explicar con sus principios la evolución que finge, en la cual van elevándose las formas, perfeccionándose los seres sólo por transformaciones de la fuerza mecánica y de los átomos. Lo mismo no engendrará nunca más que lo mismo: y por eso de movimientos ciegos y mecánicos no podrá salir cosa alguna que manifieste un orden ó idea ó plan preconcebido, y por consecuencia, no podrá salir un organismo: ni de materia bruta, inerte é inconsciente puede derivarse el espíritu que es conscio, espontáneo y libre, y que en sucesivos desenvolvimientos se eleva á lo absoluto.

Y ved las trazas y singulares arbitrios con que pretende explicar ese sistema la evolución que presenta del mundo. Notad que los hechos que tiene que aclarar, son los de la aparición de la vida y la aparición de la conciencia, ó si decimos la aparición de los seres orgánicos y sus grados y formas sucesivas, y luego la del espíritu con todas las manifestaciones anteriores que le preparan y anuncian.— Pues cuanto á lo primero, él salva de un salto el abismo que separa lo inorgánico de lo orgánico. Todo son vagas indicaciones, titubeos y algo que semeja á la prestidigitación. El carbono, dicen algunos, elemento fundamental del compuesto orgánico, tiene cualidades especiales, y en ellas ha de buscarse ese principio plástico que como un Dios interior ó como desconocido artista, amasa y trabaja los materiales y los transforma en organismos.—Otros van buscando en ciertos movimientos concéntricos, ó en movimientos reflejos, ó en el juego de las atracciones y repulsiones, la explicación del gran misterio, y todos suelen acabar por negar el problema diciendo que lo inorgánico y lo orgánico son en el fondo idénticos.

¡Sofismas! ¡Palabras y no más que palabras!—¡Idénticos lo orgánico y lo inorgánico! ¡La mera unión de moléculas en formas geométricas, rígidas, idénticas á aquella otra en que se ven esas moléculas ordenadas y arregladas en células, tejidos, órganos y aparatos, constituyendo un organismo, es decir, un ser que desarrolla su esencia en un cielo cuyos momentos son el nacimiento, el desarrollo, la decadencia, la muerte! ¡Y todo esto ha de ser producto de las fuerzas físicas y químicas! ¿No os parece mucho dar á esos elementos tan pobres, privados de conciencia y de propia virtualidad que puedan hacer verdadera obra de artistas? Para no hablar de lo demás, ¿conocéis algo de tan singular artificio y de construcción tan primorosa como los órganos del oído y de la vista? ¿Cómo ha podido formarles la casualidad ó el capricho?

Ya en posesion del organismo, veamos cómo se ingenia para darnos la variedad de sus especies y su ordenacion jerárquica y su creciente perfeccion. Examinadas sus doctrinas, paréceme que indican dos procedimientos, el que llamaremos de la adaptacion al medio ambiente, y el de la concurrencia vital, la seleccion y la herencia.— El primero dice que siendo el organismo un producto de las fuerzas físicas, el cambio de éstas produce en las formas y funciones de ese organismo un cambio correspondiente y tal como es necesario para que pueda él seguir desenvolviéndose y cumplir el ciclo que constituye su vida. En semejante teoria obran como factores el medio ambiente y el sér orgánico mismo; aquél, determinando en parte el cambio por su accion directa, y en parte dando ocasion á que el sér orgánico por su propio movimiento y por necesidad de su vida se esfuerce en acomodarse á las exigencias del mismo.— Esta doctrina de Lamark, el gran fundador del trasformismo, mediante la cual pretendia explicar satisfactoriamente la diferente manera de ser de los animales que viven sobre la tierra, en las aguas y en el aire, ha recibido, al decir de muchos, una brillante confirmacion del estudio de las varias floras y faunas de las grandes épocas geológicas. Yo, sin embargo, reconociendo su grandeza y sin negar los fundamentos que puedan abonarla, afirmo que es incapaz de explicar y de dar cuenta de aquello que pretende. En las generalidades á que debo aqui ceñirme, sólo haré una consideracion. El medio ambiente y las influencias físicas sólo pueden obrar en el sentido de la compresion ó de la expansion de los órganos. Esta compresion y expansion se comprende fácilmente, y cabe que pueda un órgano rebajarse, achicarse y atrofiarse á poder y bajo el influjo de las fuerzas que obren en este sentido, como cabe que el sér orgánico se esfuerce en agrandar y desenvolver sus órganos para acomodarse al medio exterior en que vive. Pero es que cada especie expresa un tipo diferente, ó si no cada una de ellas un tipo, es indudable que existen cuatro grandes planes de composicion diferente, cuyas líneas y contornos y la direccion de ellas son, no sólo distintos, sino bajo ciertos respectos opuestos. — Ahora bien; las causas físicas no pueden obrar nunca sino en el sentido de una direccion determinada, y en cuanto al movimiento del sér tendria que colocarse fuera de sí mismo para darse una forma diferente y órganos apropiados á ella. Pues esto implica, es decir, es absurdo, y por serlo, la experiencia consultada con desinterés é imparcialidad como lo ha sido por los Baer, los Agassiz, los de Barrande y otros insignes naturalistas, léjos de confirmar contradice ese caprichoso y arbitrario trasformismo que sólo ha po-

dido cundir y propagarse en esta época de verdadera decadencia filosófica y en medio del eclipse del gran inspirador de la ciencia, el idealismo realista.

El otro procedimiento de que hablaba poco há, ideado por Darwin, paréceme ménos importante. En resolucion, él no dice sino que en cada especie se producen diferencias individuales, las cuales cuando expresan una perfeccion hacen que los individuos que las poseen prevalezcan en la concurrencia vital que sostienen todos los séres, se acentúan luégo mediante la seleccion, y se fijan por la herencia, constituyéndose á poder de todo esto una nueva especie que por igual proceso va á cambiarse en otra superior. Esta doctrina expresa hechos de cierta verdad, por los cuales se nos ha revelado la manera cómo se cumplen ciertas variedades individuales; pero paréceme esas causas, como causas creadoras de las especies, sobrado pequeñas é impotentes para las grandes cosas que quieren explicar. Bien mirado ese sistema, lo que hace es sumar y agrandar las excelencias y perfecciones de los individuos de una raza. Ahora bien; sumadas en cada especie cuantas excelencias pueda ella consentir, aunque las llevemos hasta el infinito, no darán de sí una especie distinta, sino un individuo más perfecto de su especie. Porque éstas no expresan sólo ni principalmente mayor ó menor grado de perfeccion en cualidades características, sino distinta forma, por más que cada una ocupe más alto ó más bajo lugar en la escala de los séres. A consentírmelo la ocasion, yo os haria ver lo fútil de estas doctrinas, las cuales merecen sólo el nombre de artificiosas hipótesis.

Y todo lo hasta ahora dicho pertenece á lo que es del dominio, en cierto modo, de la materia y de las energias físicas; que si llegamos á la region en que aparece y vive el alma, lo falso de las doctrinas es mucho mayor, y para mí lo es tanto, que casi siento nacer la indignacion ante su ligereza y su audacia incomparable.—¿Y cómo no? El alma, áun la de los brutos, es por todo extremo distinta y opuesta á la materia y á la fuerza física; sus cualidades son distintas, sus notas y atributos sin relacion alguna esencial con las de éstas; su vida, sus funciones, su nacimiento, su desarrollo, su muerte, separado de todo lo que es y puede ser esa fuerza y esa materia por insondables abismos. El alma es sér, la materia es ecuacion entre el sér y la nada, como decia con frase sublime el inmortal Platon, y la fuerza misma es parte, es representacion sólo de un impulso del sér. ¿Qué puede, pues, haber de comun entre esa fuerza y esa materia y el alma, la psychis? Demos que desde el cristal se llega por casualidad á una cosa que tiene forma orgánica; pero, ¿cómo se explica

que esa forma se mueva, no por impulso venido de fuera, sino por propio impulso? ¿Cómo se dirige á un objeto? ¿Cómo siente, cómo ve lo que está fuera? ¿Cómo lo desea y se encamina á ello, si es lo que sirve á sus deseos y apetitos? ¿Cómo esa forma llega á tener conciencia de sí?

El mecanismo no halla dificultades para nada de esto. La sensación parecele un hecho tan natural y fácil, que no se detiene á explicarlo. Enumera, es verdad, sus condiciones naturales, determina su proceso orgánico, y cree complacidamente haber aclarado todo. Cuanto al instinto, ya es otra cosa; pero, despues de todo, parecele que se conoce su origen y se explica perfectamente, diciendo que es el hábito trasmitido por la herencia. La inteligencia es sensación trasformada, acumulada, repetida con más ó ménos vehemencia, y luégo sumada y generalizada. La conciencia es la totalidad de las sensaciones ya elaboradas, reducidas á la unidad.—¡Qué série de hipótesis y supuestos imaginarios! ¡Qué de saltos mortales, qué de absurdos! Si esta hubiera de ser en definitiva la ciencia del siglo XIX, preciso sería llamar á este gran siglo la época de los grandes errores y de los increíbles extravíos.

Mas contemplemos todavía, para sorprender al mecanismo en sus grandes errores y presenciar esa fábrica que pretende levantar y que no tiene verdad, ni hermosura, ni grandeza; contemplemosle, vuelvo á decir, en su psicología general, ó si quereis, en su historia. En ese génesis que traza al formar, segun sus doctrinas, la ciencia universal, despues que ha llegado describiendo la evolucion á los últimos grados de la escala zoológica, cuando nos pinta la familia simioide, encuentra que algunos individuos de esta familia, trás de haber andado por tiempos trepando por los árboles, empezaron á andar en la llanura y á tomar la postura vertical, y estos monos, que durante muchos años todavía llevaron vida bestial, reunidos en tropas ó manadas, empezaron poco á poco á perfeccionar sus gritos y gestos, cambiándolos en esa cosa misteriosa de sin igual primor y artificio que llamamos lenguaje hablado. Ya en posesion de éste, y pudiendo merced á él conservar sus impresiones y recuerdos y generalizar sus impresiones, empezó una série de desarrollos que, coincidiendo con el descubrimiento del fuego y de los instrumentos de piedra, y despues de los metales, fueron dando nacimiento á todos los desenvolvimientos sociales, religiosos, artisticos, científicos, y á la mejora de su religion y de sus costumbres, y poco á poco y por grados á todas las civilizaciones cuyo conjunto forma la historia universal.

En toda esta novela, que no verdadera historia, con que el materialismo pretende trazarnos el desarrollo del humano linaje, faltan dos cosas esenciales: el agente de todo el progreso y de toda esa larga historia, y el elemento ideal y objetivo que explique y vivifique ese mundo. En la filosofía de la historia que ofrecen el panteísmo y el espiritualismo, la historia es obra, no física, sino humana; es decir, obra del espíritu, que tiene como su esencia una virtualidad propia, mediante la cual causa y produce su vida. Ésta, según el sentido de dichos sistemas, es desarrollo de propio contenido; y puesto que es el espíritu un sér que tiene esencia suya, virtualidad y contenido, la historia no es otra cosa que el sucesivo aparecer, la manifestación gradual de ese contenido que va explicándose y desarrollándose en el espacio y el tiempo en estados sucesivos. Bajo estas concepciones, la historia no es sólo posible y concebible, sino una consecuencia natural y necesaria de la vida del espíritu. Mas en el positivismo, la historia es un enigma, mejor dicho, es una mentira. Para él no existe el espíritu con propia esencia ni con virtualidad verdadera: la fuerza física, siempre esa fuerza evolucionando y transformándose. Mas ¿qué significa eso de transformarse? ¿Qué significa eso de que la fuerza que lleva hácia el centro la piedra arrojada al aire, ó la que une los átomos en un compuesto químico, ó que empuja los astros en sus órbitas, emprende, subiendo, esa evolución, construye las matemáticas, crea las instituciones, ve y admira la belleza de los cielos, ó saca del mármol bruto la Venus de Milo, ó levanta con piedras el Parthenon y la Alhambra? ¿Hay debajo de esa palabra, cuando se la trae para explicar por ella y con la fuerza física la construcción del mundo del espíritu, otra cosa que una inmensa decepción y un error inconmensurable? En ese sistema que pone como realidad única, es decir, como única sustancia y como único agente la fuerza mecánica, cuanto encontremos en el mundo, no sólo existiendo como fuerza, sino obrando como sér, no puede tomarse sino como resultante, como efecto, como medio. Pues bien; la obra espiritual es tal porque es causada por el espíritu, y el arte, y la religión, y la ciencia, y el derecho, y la sociedad, y las instituciones, y las costumbres, y las pasiones, y los afectos, y, en suma, cuanto aparece en el movable y rico panorama de la historia, no es efecto ni reflejo de cosa extraña al hombre, sino fruto que brota de sus entrañas, sino acciones que van surgiendo al calor de esa energía interior que incessantemente elabora la vida en las profundidades del espíritu.

¿Y luego esa historia no tiene una ley, no es formada con orden,

no ofrece una trama llena de belleza ideal y de maravillas? ¿Y cómo había de suceder así si no fuera porque existe un orden ideal suprasensible, y porque el espíritu, al realizar su obra en el tiempo, no hace más que imitar la obra de Dios y realizar aquel orden y plan según el cual fué concebido el mundo y para el cual fué sacado de la nada? — ¡Ah, pobre concepción! El positivismo y el materialismo, dado que sean ellos dos sistemas, y no uno mismo, son en todo el vigor de la palabra el error y la falsedad.

Pero ¡ah! que son más; son también la degradación moral y el envilecimiento, de tal manera, que su definitivo triunfo marcaría la desaparición de la nobleza moral entre los hombres (1). En este sistema, que se engalana hoy con el nombre de monismo dinámico, las moléculas se juntan, se mezclan, se separan en medio de un ritmo incesante é infinito; condénsanse las nebulosas, fórmanse los mundos, van escalonándose unos sobre otros gigantescos pisos, sobre ellos va la vida en inmenso hervor, brotando en miles y miles de seres que se aprietan y atropellan para respirar y vivir, y éstos van cada vez multiplicándose en muchedumbres de generaciones, las cuales se mueven y se agitan, van y vienen de Oriente á Occidente, del Septentrion al Mediodía. Por todas partes un movimiento inmenso agita y hace palpitar y estremecerse los mundos. ¿Pero para qué es todo ese agitarse y vivir? ¿A dónde van esos seres y esos mundos? ¿A dónde va, sobre todo, el hombre, á dónde la humanidad? ¿Cuál es su destino? — Luchar por la existencia, dice el mecanismo, y cada individuo buscar su placer, gozar y vivir. ¡Ah! luchar por la existencia. Cuando las razas y los pueblos y las naciones, olvidando la ley de la justicia y la del amor, se arman unas contra otras y amenazan destruirse en tremendas batallas, venir á proclamar que es su destino y ley suprema el luchar para vivir, es decir, despedazarse y destruirse para dominar y vencer, es insensato y horrible. Despues de quitado Dios, y la vida moral, y la inmortalidad del alma, dejad que esa doctrina inspire á los hombres y los dirija. ¡Qué horror, señores! Pronto el mundo presentaría aquel cuadro aterrador de desolación y espanto que nos pinta Byron en las tinieblas. — Y para el individuo, vivir y gozar siempre, apurar la copa de los placeres ma-

(1) Háse reprobado por cierto crítico el uso de este argumento *ad absurdum* por nuestro amigo. ¡Como si una consecuencia conocidamente falsa no probara que lo es igualmente el principio de donde se deduce legítimamente! Hasta las Matemáticas emplean este medio de demostración, que abona la lógica y emplea cada día el buen sentido. ¡Y el censor es doctor en Filosofía y catedrático!!!

teriales y sensibles, sumergirse en ellos hasta lograr la hartura, y despues morir muerte eterna. ¡Oh, qué degradacion, y qué suprema desventura, y qué destino tan triste y desconsolador! ¿Qué haríamos de esos instintos sublimes que le llevan á las grandes cimas? ¿Qué de sus aspiraciones generosas? ¿Valdrian la pena de nacer y de morir esas alegrías y placeres tan fugitivos, seguidos siempre de dejo amargo? Por otra parte, ¿á dónde irian á parar la nobleza del carácter y la grandeza moral? Privada la humana naturaleza de esa levadura que da el ideal y que levanta el espíritu, le dignifica y avallora, la vida sería toda abyeccion y envilecimiento. — Permitidme os lo diga: cuando anhelante he recorrido las obras de Büchner y Mollerschott y Schafhausen y Huxley y Littré y otras de los modernos materialistas, un sentimiento de hondo disgusto y de repugnancia se ha levantado poderoso en mi ánimo. Del hombre tan grande y tan digno y hermoso formado por la civilizacion europea, quieren hacer un animal inundo, degradado por sensuales placeres.

Latamque traens inglorius album.

Algunos de los materialistas, entre los cuales, como los más señalados, debo citar á Strauss en su última obra *La antigua y la nueva fe*, y Lange en su *Historia del materialismo*, despues de enunciar su concepcion general del mundo y de la vida, nos hablan de un cierto ideal como elemento ético del materialismo, y á nombre de él se permiten hablar de sentimientos desinteresados con que alcanzar victorias sobre el egoismo individual, y exaltan el gusto y afición á las artes, las letras y las ciencias, y recomiendan, como conducta meritoria, la colaboracion asidua á la obra general humana. Es decir, que quieren fundar una especie de ética ó religion humanitaria que en su opinion reemplazaria con ventaja la moral y la religion del cristianismo. Lo cual, en puridad, es exhumar las ideas sobre el humanismo de Feuerbach y de Ruge, cuyas doctrinas y tendencias se continúan muy especialmente en Strauss, al cual dejaron muy poco que hacer en este punto sus amigos y contemporáneos los jefes de la izquierda hegeliana. — ¡Ah! Pero cualquiera que pare mientes en el fondo y en la esencia de su doctrina, comprenderá que es pura contradiccion cuanto pretendan fundar con carácter moral sobre las bases de su naturalismo grosero. Siempre que el materialismo ostente tales propósitos, vendrá un Max Stirner que, como éste delante de Feuerbach, hará valer delante de los modernos los derechos del egoismo desenfrenado, de lo que él llamaba el individualismo total. Como el citado Max Stirner, dirá hoy el materialista sincero y lógi-

co: «Esa pura humanidad y ese amor místico al hombre colectivo ó al hombre género son fantasmas, palabras abstractas que en vuestros sistemas no tienen sentido alguno. El amor de los hombres, ó la *anthropolatria*, es el culto más hueco que puede imaginarse, y su valor, si alguno puede tener, no puede ser otro que el de preparar la época del amor de sí mismo, ó sea la *autolatria*. — ¿Qué me habláis, continuaba Max Stirner, de hombre género? ¿Pues no decís que no hay de real sino lo individual que dan los sentidos? Pues si la humanidad es una quimera, resto del espiritualismo y del misticismo, el individuo no debe amar á nadie más que á sí mismo. *Quisque sibi Deus.*» Tal es el compendio y la última palabra de la ética materialista.

III.

El último grande error que vamos á examinar es el panteísmo. El panteísmo proclama la unidad de esencia, ó, como dice más á menudo, la unidad de sustancia, ora haga consistir ésta en una como materia extensa *substratum* universal de todas las modificaciones, ora en una fuerza *substratum* también y causa viva de todos sus fenómenos. Con más propiedad: el panteísmo considera la realidad, lo que existe, lo que es, como un todo, como una totalidad indivisible en sí y eterna, aunque determinable y movable en su interior. Lo uno, lo todo, lo indeterminado, lo indiviso, lo llama Dios, ó lo absoluto é infinito: lo dividido y deferenciado por limitación interior ó lo determinado por evolución en el tiempo, lo llama mundo, ó sea lo condicionado y lo finito.—Entre esos dos términos, aunque por darles nombres diferentes parezca que son dos distintos seres, en realidad no hay distinción alguna verdadera. En el panteísmo que, como el de Espinosa y Krause, construye la teoría sobre la categoría ó el concepto de la sustancia, las cosas ó seres del mundo, no sólo son de Dios, sino que Dios es únicamente, aunque los citados autores lo nieguen, todas esas cosas tomadas juntas y vistas fuera de su limitación. Por donde puede asegurarse que Dios no es un sér, puesto que carece de lo que constituye el carácter fundamental del sér, es decir, la individualidad: él no puede ser un sujeto, el uno, el absoluto, el infinito; sino un adjetivo, lo uno, lo infinito, lo absoluto, ó, lo que es lo mismo, lo neutro, lo indeterminado: todo lo cual significa que no es Dios.—En los sistemas panteístas, que, en vez de considerar el mundo como la sustancia que se limita interiormente, ó como los fenómenos y seres que se desprenden y

bajan de esa sustancia, le consideran cual lo hacen Hegel y Schopenhauer, y algunas veces Schelling, como una fuerza que asciende y se determina, Dios es: primeramente, esa fuerza vaga ó lo ideal en su indeterminacion, y luégo el resultado de todas las sucesivas determinaciones, mediante las cuales se actúa esa fuerza y se concreta el ideal: y como el resultado abraza toda la série de las determinaciones y las contiene, podemos decir que él es, en resolucion, la totalidad de las mismas.—Es decir, que en esta segunda y más principal direccion, Dios, aunque Hegel, introduciendo en su sistema la palabra idea y poniendo como base de su doctrina y construccion la categoria del sér, haga creer que su absoluto es individuo; Dios, volvemos á decir, es en ese, como en los demás panteismos, no un sér, sino primero lo indefinido é indeterminado, y luégo lo total, lo colectivo. Y, por conclusion, si esto es Dios, él no es un sér distinto y fuera del mundo, sino el mundo mismo, considerado por una faz y en uno de sus momentos.

Y ahora, viniendo al otro término, ó sea al mundo, ó si decimos á las cosas y séres finitos, éstos en tanto que se forman por limitacion interior de la sustancia única ó que se dan como determinaciones de la idea ó la fuerza absoluta, no tienen valor propio y sustantivo y permanente: son para el primero de los dos panteismos citados como ondulaciones del agua del mar cuando el viento riza sus olas, ó como burbujas de agua que apénas si aparecen á la vista, desaparecen para siempre, y para el segundo, como momentos transitorios en esa corriente que lleva las cosas á desconocido oceano, ó como punto imperceptible del continuo devenir en la precipitada carrera del tiempo.

De manera, señores, que en la concepcion panteista, Dios es lo vago, lo neutro, lo indefinido, y el mundo, ó mejor dicho, los séres que le forman, son lo accidental, lo fenomenal ó lo transitorio. De donde se deduce que ni Dios es verdaderamente, ni son verdaderamente los séres del mundo, porque ni aquél es individuo, ni éstos son séres sustantivos y propios: y así no queda más que la eterna sustancia, limitándose eternamente, ó el eterno devenir, realizándose y agitándose sin principio ni fin en un espacio incomprensible é inconmensurable.—¡Sistema monstruoso, que buscando y hablando del sér, no contiene en sí, bien mirado, más que la nada! ¡Terrible concepcion que confunde á la razon y la anonada!

Y sin embargo, señores, esta concepcion, digamos la palabra, tan estupenda es la eterna tentacion del pensamiento humano, es el abismo á donde ha ido á sumergirse en todas las épocas de su mayor

vitalidad y de más alta grandeza. ¿Qué misterio es este? ¿Por qué fascina tan á la coptinua la humana inteligencia?—Fácil es comprenderlo: en primer lugar, porque la razon es la facultad de lo uno y lo absoluto, y tomada como de nostalgia, mientras permanece en la region inferior, va afanosa uno y otro dia borrando limites, suprimiendo diferencias, buscando lo general sobre lo particular y sobre aquello lo universal, subiendo siempre ó regresando siempre desde el humilde comienzo en que empieza su vida, y de uno á otro grado, va marchando hasta dar con la unidad que todo lo comprenda, que todo lo cause, todo lo funde y que á todo dé esencia y vida. Pues este uno absoluto é infinito, el panteismo, se le ofrece á la razon, diciéndola: ahí tienes lo que deseas; y suele la razon seducida abrazarse á ese sistema.—Por otro lado, si el hombre se coloca en el centro de los séres para construir ó explicar la realidad toda, encontrando delante de sí á Dios y al mundo, y no pudiendo concebirles sino en unidad, puesto que dos absolutos y dos infinitos repugnan y dos finitos solos no se comprenden, busca la unidad de ellos, y suele encontrarla declarando el mundo inmanente en Dios, ó á Dios inmanente en el mundo. Con lo cual no sólo explica la unidad necesaria de entrambos, mas tambien la unidad de todos los séres que debajo ó dentro del mundo viven, los cuales mediante esta relacion de la inmanencia se dan todos sobre su particular é individual diferencia en unidad esencial, y á un tiempo mismo se cumple la gran necesidad de las cosas de ser y vivir todas en una manera de enlace y comunidad que las haga inteligibles, y que haga conocer aquél su mútuo influjo y reciproca accion y reaccion de que se origina la vida universal.—Pero este desgraciado sistema, si logra expresar por la inmanencia la unidad que busca, es destruyendo el sér de Dios, así como al expresar cual vimos ántes por lo absoluto la unidad, subiendo desde las cosas y su posicion, le quita su realidad. Quitasela en este último procedimiento, porque en efecto, el Dios que la razon humana busca y afirma, subiendo desde el mundo, es sobre todo causa; como tal le afirma, no hallando en lo finito y condicionado la razon de su existencia.

Así es que ó Dios no existe ó es causa, y no puede ser causa si no es trascendental, lo cual tanto vale como decir si no es una causa colocada fuera de la série de las causas creadas y segundas y si no es una personalidad, es decir, un sér en sí y para sí, es decir además, sér activo, inteligente y libre. Y esto áun mirándole sólo como causa de la naturaleza ó del sér inconsciente; mucho ménos podria erlo del sér consciente, ó si decimos del espiritu finito, siendo ab-

surdo que diese de sí la causa en los efectos lo que ella no tiene. Pues no ménos le destruye cuando, colocándose en el centro de las cosas, afirma la inmanencia de aquél en el mundo ó la del mundo en él: por alcanzar la unidad del todo le quita á él la personalidad y con ella toda distincion. El Dios de la inmanencia no es un sujeto, no es un sér de actualidad, *non est sed fit*. Este Dios inmanente é impersonal, que no es, sino que se hace, es un absurdo y una contradiccion. El panteísmo rehusa la personalidad á Dios para salvar en él el atributo de infinito, y le condena á realizarse en lo finito. ¿Pero qué adelanta con esto? Por más que multiplique lo finito, jamás éste podrá contenerle ni engendrarle, ni la coleccion de séres finitos será adecuada á la idea de Dios. Retirad sin medida, se ha dicho á los panteístas hace ya tiempo, ensanchad sin medida los límites del espacio y del tiempo; poblad estas extensiones con millares de mundos; con todo esto no hareis sino impotente ensayo para traspasar lo finito; no tendreis sino lo que le presupone, no lo que le precede; lo indefinido, no lo infinito. ¡Pobre Dios, por otra parte, éste del panteísmo, obligado á recorrer todas las estaciones y términos de un proceso fatigoso, siempre empujado por una terrible fatalidad que le espolea y le atormenta! ¡Pobre Dios, condenado á tantas miserias, á tantas luchas, desfallecimientos y caidas! Y luégo, ¿para qué emprende esa expedicion trabajosa? ¿A dónde va? Aprisionado en lo finito, jamás llega á realizar el sueño de lo infinito, que le atormenta. Él se condena al eterno suplicio de una sed nunca satisfecha, de una esperanza siempre frustrada.

Y si Dios queda destruido en este sistema de la inmanencia, ¿qué será de la individualidad? Sabido es que el panteísmo se ha distinguido siempre por su afan en borrar todo lo particular, lo personal, lo libre. Él no ama ni aprecia lo múltiple, lo vário, lo que distingue y divide, lo que es independiente; ántes busca siempre y avalora y ensalza lo simple, lo universal, lo uno, lo total, lo absoluto. Él quiere abrazar siempre, no las partes, sino los grandes conjuntos; no tales ó cuales estados ó situaciones, sino la totalidad de los momentos vistos siempre en su unidad y en unidad sin principio ni fin. Y todo es en él fatal y necesario, todo marcha, se desenvuelve, se explica, se agita, segun ley inflexible que nada contradice ni modifica. No: no puede existir en la concepcion panteísta la individualidad. Si Dios es la sustancia universal, todos los séres son parte no más, modos de esa sustancia. Si él es la fuerza absoluta, y la vida del mundo es el desarrollo de la vida de Dios, cada fenómeno ó acto ó movimiento de ese mundo no es más que un momento fugitivo, una sombra, un

accidente. Ved, si no, el sistema de Hegel ó el de Schopenhauer; es decir, el panteísmo dinámico, el único ya posible en el estado de la ciencia: veamos el de Hegel, el más completo sin duda de todos. En él el absoluto, desde su comienzo eterno, se despliega y aplica para actuar su contenido, ó digase para alcanzar la absoluta realidad, el espíritu absoluto. ¿Qué vemos en el curso de ese proceso? Un elemento idéntico fluido soluble que no tiene punto alguno fijo ni contornos, ni nada que determine y funde y permita una individualidad, y luégo momentos, estaciones que son preparaciones preliminares de momentos superiores y formas transitorias que toma y se da la idea, las cuales borra y deshace á cada momento. Y esa idea, esa fuerza cósmica, ese espíritu interior, por una cruel ironía va hundiendo en el tiempo todo lo que llama á la vida: nuevo Ashasvero, Chronos omnívoro que muda la historia en un vasto cementerio, ó como dice Bachman, en un osario de Morat, en que aparecen las sombras de los difuntos á la hora del crepúsculo y en donde el profeta de la muerte, el ave medrosa, esparce sus gritos siniestros y lamentables. Verdad es que va á crear el espíritu absoluto, y una vez creado en la mente del filósofo, le presenta como la gran realidad. ¿Pero qué queda delante del espíritu absoluto para los espíritus individuales? ¿No están ellos en esa construccion del idealismo absoluto como medios tan sólo y como términos para que exista ese espíritu absoluto?—¿Mas qué hablamos de individualidad ni de personalidad en estas concepciones? La verdadera individualidad, ó sea la personalidad, tiene por nota distintiva y condicion suprema la libertad.

Pues ahora bien: en esa evolucion hegeliana, el desarrollo es fatal y necesario: todo está contado, predicho, determinado; todo se halla dominado por esa tricotomía monótona del sér, en sí, por sí y para sí, de la tésis, la antítesis y la síntesis, y las cosas van empujadas, movidas, dirigidas, gobernadas por la ley lógica, ley fría, dura, inexorable, ante la cual todo se pliega y se rinde. La libertad para los panteístas de todos los tiempos, y lo mismo para los de los nuestros, no es sino un concepto que se apoya en la ignorancia de la razon, y cuando ésta se ilustra, luégo al punto, segun ellos, advierte que los actos llamados libres entran en el dominio de la causalidad ordinaria; así que para ellos comprender la libertad, es referirla al órden necesario. ;Hablar de libertad, de libre albedrío! ¿Cómo ha de ser libre el hombre, breve aparicion de un fenómeno en la superficie de lo infinito? ¿Qué puede hacer el átomo humano en ese torbellino que lleva y empuja al mundo, en cuyo seno se halla su-

mergido y encadenado? Él no es, así como cuanto le rodea, otra cosa que un efecto, ni su vida sino una resultante. La historia no es, como él se figura, su propia obra, sino la obra de secretas potencias que apenas se dejan entrever bajo las movibles oleadas de creaciones sucesivas, no bien aparecidas cuando destruidas, ó el trabajo del sér absoluto que, bajo la eterna ley de la metamórfosis, renueva todo para destruirlo en un tiempo que no tiene presente, como no tuvo principio ni tendrá fin.

¿Y qué moral puede salir de esta concepcion de la vida? Si el mundo, del todo indiferente á la suerte del hombre, le aplasta y tritura apretándole con las tenazas de la dura y fria necesidad, viéndose el hombre arrastrado por la corriente como arista que lleva el viento; si este sér desdichado nada puede hacer con su voluntad para mudar el curso de las cosas que le mortifica y le aplasta, siendo vano todo esfuerzo y estéril todo afan; si no hay una Providencia que pueda apiadarse de la pobre criatura, ni Dios á quien se eleve desde esta region de miserias en busca de apoyo y consuelo, ni otra patria más allá de la tumba en que puedan encontrar gloriosas compensaciones los que aquí padecieron por la razon y la justicia y los que aceptaron con resignacion y moral heroismo los dolores y fatigas de este otro triste mundo, ¿qué debe ser para el hombre la vida, cuál su destino? ¿Qué moral debe salir para él de las doctrinas panteistas? ¿Cuál? El pesimismo de Schopenhauer, el triste, sombrío y desesperador pesimismo. La vida en esas condiciones, sin esperanza ni consuelo, es peso insoportable, ó indigna farsa, ó cruel y sangrienta ironía. ¿Qué hacer sino arrojar ese peso que nos abrumba? ¿Qué cosa puede haber digna del hombre, más que la de huir por la muerte de ese drama sangriento en que no le espera sino sufrir, padecer, llorar y sentir dolores que nunca se acaban? ¡Ah! sí: el pesimismo con todo su cortejo de cosas lúgubres, la fatalidad, la muerte, la nada; tal es la conclusion del panteismo. — Hegel, absorbido en la contemplacion del espíritu absoluto, como Espinosa en la de la sustancia, no colocándose jamás en el punto de vista del sujeto, ó digamos de los individuos, pudo no llegar á esta consecuencia, pero de su sistema nació una cosa no ménos funesta que el pesimismo de Schopenhauer, es á saber, el quietismo científico con el desprecio de la accion y la indiferencia sobre la suerte de la pobre criatura humana; quietismo que, en muchos de sus discipulos, degeneró, sin grande esfuerzo, en un egoismo aristocrático é insolente, que áun hoy hemos visto revelarse con extraña ingenuidad en la última produccion de Renan.

¡ Triste conclusion de ese gran movimiento que parecia prometer á la Europa cosas tan esplendorosas! ¡Extraña ironía del destino esto de condenar á la razon en sus más bellos momentos y en sus más grandes arranques á renegar de sí misma y hacer una obra cuya última palabra es la nada! ¿Será éste acaso justo castigo de su orgullo y su soberbia? Yo no lo sé; pero aflige y desconsuela echar ahora una mirada sobre ese movimiento del pensamiento aleman que ha ido amontonando ruinas y destruyendo unas tras otras todas las creencias y grandes realidades que atesoraba la conciencia humana, y ver que cuando pretendia descubrir las profundidades del sér, nos ha presentado la negacion y la muerte como la revelacion del gran secreto y como la solucion del gran problema de la vida.

IV.

Considerad ahora, señores, por un momento las dos corrientes que se han derivado de esos dos grandes errores que he llamado mecanismo materialista y panteismo. Las dos nos dan una concepcion de que está ausente Dios: en las dos vemos una evolucion que no tiene comienzo ni acabamiento, evolucion regida por la fatalidad y que engendra un orden puramente fisico ó lógico donde no hay lugar ni para la libertad, ni para la conciencia, ni para la moral, ni para la justicia; donde no se oye otra cosa que el monótono ruido de ese sér misterioso que llaman idea absoluta, ó sustancia universal, ó cosa-principio, ó fuerza cósmica, y que pasa destruyendo y riéndose de las criaturas, dándose á sí mismo el placer de una caprichosa creacion y destruccion. En esas corrientes no está el porvenir, sino el retroceso y la barbarie; por ese camino no se va á la perfeccion y al progreso, sino á la miseria y al embrutecimiento. Es menester, pues, orientar de nuevo hácia otro lado el pensamiento; es menester volver á aquellos caminos por donde venian elevándose los pueblos europeos; digámoslo de una vez: es menester volver á la gran tradicion espiritualista, la que inspiró á Platon y á Aristóteles, á San Agustin, y á San Anselmo, y á Santo Tomás, y á Fray Luis de Leon, y al de Granada, y á Descartes, á Bossuet, á Fenelon, y que en nuestros dias ha sido ó es mantenida con sin igual grandeza por Gioberiti, Mamiani, Ravaisson, Herman Fichte, Ulrici, Gratry, Trendelenburg, Ritter y tantos y tantos ilustres representantes de la ciencia.

El espiritualismo, señores, es la profesion de fe natural de la razon. Hace tiempo se ha dicho que el alma es naturalmente cristiana, y yo añadido que no lo es, sino porque el cristianismo es, en todo el

rigor de la palabra, el verdadero espiritualismo. — Aristóteles nos ha conservado el recuerdo de la universal admiración que experimentaron los contemporáneos cuando Anaxágoras, en medio de los errores de aquellos tiempos, llegó á hablar de una inteligencia formadora del orden mundo. Yo no me he podido explicar jamás cómo despues que se formuló el espiritualismo con más ó ménos perfeccion en esa hora dichosa, han podido producirse de nuevo aquellos otros que le niegan y contradicen, y ménos cómo ellos han podido eclipsar por algun tiempo semejante concepcion que todo lo aclara, y explica cuanto es dable á la inteligencia del hombre, y fuera de la cual todo son dudas y misterios ó absurdos y contradicciones. — Delante del gran problema de los orígenes, para el cual los dos sistemas ántes expuestos nos ofrecen sólo el caos, el espiritualismo presenta la grande idea del espíritu absoluto que crea y produce como poder, y como inteligencia distingue, ordena y dirige. *In principio erat verbum et verbum erat apud Deum*. El Logos, mas la fuerza, cuya reunion en una absoluta é indivisible unidad constituye el espíritu: tal es el comienzo necesario de toda cosa y de todo pensamiento. Pues ésta es la primera afirmacion del espiritualismo, éste su gran dogma, ésta su gran solucion tocante al principio de las cosas. Hay un Dios, espíritu absoluto é infinito, el cual creó el mundo sacándole de la nada, y le rige y gobierna con su providencia.

Cuanto á la universalidad de las cosas, es decir, al universo mundo, el espiritualismo afirma que él es una realidad sustantiva, pero sobrepuesta á un orden ideal y sobrenatural que en ella se encarna, y cuya vida y movimientos dirige. En efecto; el cosmos, en su totalidad y en toda su distincion interior y en toda su evolucion, manifiesta un orden y un sistema; luego es segun idea y pensamiento. — Y esa realidad sustantiva es en este sistema fuerza, pero no de igual índole, pues es primeramente impulso derivado del sér absoluto que, unido á la materia para determinarse y diferenciarse, se mueve y trasforma segun ley matemática, por donde puede llamársela fuerza mecánica; es más adelante mónada animada que se exterioriza y concreta en un organismo, desde cuyo interior se desenvuelve y vive; es, por último, y en el grado más alto, la verdadera realidad finita, aquella que siendo ella misma su propio fin, es la razon de todos los demás séres del mundo, y por eso gravitan hácia ella, y hácia ella ascienden y la preparan y prefiguran: esta realidad es el espíritu humano. Como espíritu es de la misma esencia de Dios, es decir, está hecha á su imágen y semejanza. Por eso es en sí y para sí, tiene libertad y fin propio, y mediante su razon se eleva hasta lo ab-

soluto, y mediante su corazón puede quererle y amarle y aspira con aspiración creciente á subir hasta él y descansar en su seno. Y por tal manera y por tales circunstancias, el espíritu, áun acá abajo, con estar unido al mundo físico, como que en él vive y se desenvuelve, forma además otro mundo, el mundo moral y ético, mundo de la libertad y del amor, mundo en que el hombre se une á Dios en una comunión misteriosa que se cumple en las sagradas moradas de la conciencia.

Las realidades que hemos dicho existen ántes del hombre, y los procesos cumplidos hasta la aparición de éste, no agotan todos los desarrollos del mundo, ni marcan el término de su vida. Ese vivir del universo, ese agitarse y desplegarse en todas direcciones, como ha tenido un principio debe de tener un fin. El espiritualismo es el único que puede fundar la verdadera teleología. Arrancando de la afirmación de una inteligencia infinita, y concibiendo el mundo bajo la idea de un plan que se realiza, él puede decir á dónde se encamina el universo, qué derroteros lleva el hombre y qué destino ha de cumplir. Y acá, en lo que toca á la terrenal historia, fundará sobre ideas elevadas la teoría del progreso, el cual no ha de concluir hasta que se forme la humanidad, y que desenvolviendo ésta todo su contenido, mediante incesantes y graduales desarrollos, aparezcan en este planeta en toda la plenitud que nuestra naturaleza finita consienta el bienestar, la bondad, la belleza, la ciencia y la justicia.—Y como en este mundo no habrá para el hombre, áun en las épocas más venturosas que el porvenir puede guardar en su seno, nada que sea bastante á hartar su sed de lo infinito, ni verá desaparecer sus dolores, ni borrarse todas las contradicciones que tanto alligen la conciencia: como él, ciudadano de otra patria, suspira hácia ella sin cesar, el espiritualismo, recogiendo todos estos movimientos del alma que surgen de la historia como un anhelo y como una irresistible aspiración, mostrará más allá de la tumba una nueva existencia que será como el remate de esta otra vida, como la suprema solución de todas las contradicciones y como la satisfacción soberana de las esperanzas de los espíritus creados.

Paréceme, señores, que este es el resultado á que tiende ya hoy, y á que ha de llegar en su última forma el movimiento de universal renovación, abierto para la ciencia europea en el último tercio de la pasada centuria, el cual está llamado á dar la profesión de fe definitiva de la humanidad pensante.—El panteísmo decae y se descompone en su patria natural, la Alemania, y apenas si tiene hoy partidario alguno decidido y entusiasta, fuera a parte de tal ó cual hegeliano como Vera,

Harms, Michelet, ó este ó aquel krausista, espíritus todos que, á pesar de su profundísimo saber, parecen rezagados y cual si vivieran fuera de la hora presente. Empujado él por la lógica, y colocado en medio de las corrientes positivistas que le oprimen, y de las espiritualistas que le acosan y solicitan, está destinado á desaparecer, pasando sus restos, ora á una, ora á otra de las dos opuestas escuelas, en torno de las cuales se librarán las últimas batallas del pensamiento. O materialista ó espiritualista: tal será dentro de poco la alternativa que se presentará delante de todos los espíritus.—Para mí no es dudosa la victoria, y yo creo firmemente que la razón, por un momento extraviada, volverá á sus verdaderos instintos, á su propia naturaleza, y que se reconocerá de nuevo en el noble y hermoso espiritualismo.—El positivismo tiene aún, es verdad, cautivado el pensamiento, no sólo por lo nuevo y lo ingenioso de sus doctrinas, y por cierta sencilla grandeza de algunas de sus construcciones científicas, sino por haber llevado á aquél al centro de la realidad finita, permitiéndole penetrar en su interior y en todos sus detalles por medio de los procedimientos más adecuados al conocimiento de esa realidad. El sistema espiritualista, además, no ha sabido todavía renovarse al golpe de notables principios que se han ocasionado en gran parte de los maravillosos progresos de las ciencias experimentales, ni ha logrado aún hacer entrar esos descubrimientos dentro de sus propios moldes.—Pero ¿qué hay en su metafísica que no se compeadezca con todas las verdades proclamadas en estos tiempos? La doctrina de que la fuerza es la gran realidad y la evolución la forma y la ley de la vida, doctrina de que tanto se enorgullece la ciencia contemporánea, ¿no está ya en Aristóteles y Leibnitz? La unidad de las fuerzas físicas y químicas, su permanencia, su correlación y sus transformaciones, ¿tienen algo que sea incompatible con el espiritualismo? Diré más: ¿hay alguna metafísica que pueda dar á todos esos principios bases tan sólidas como la metafísica espiritualista? Lo que al espiritualismo falta es acabar de construir la ciencia del mundo, así el de la naturaleza como el del espíritu, ó si decimos, el mundo del mecanicismo y aquel otro en que se despliega la vida, y en que nace la conciencia, y unir uno y otro bajo su alta inspiración en una unidad íntima, orgánica y viva, aprovechando para ello los ricos y valiosos materiales que las escuelas panteístas, y á veces las positivistas, han de dejar como importante legado. Cuando haya hecho esto, y si para entónces se ha calmado esa fiebre que turba, con el ruido de las pasiones, las serenas regiones del pensamiento, y nos distrae á veces de las grandes cosas, el alma humana, empujada

suavemente, y como llamada por amoroso reclamo, volverá sus ojos anhelosa y confiada hácia el espiritualismo. Y en esa hora feliz se pacificará la conciencia, y las nobilísimas creencias que han alimentado hasta ahora la humanidad encontrarán completa y cabal satisfacción.

JOSÉ MORENO NIETO.

PENSAMIENTOS. (1)

¡Oh, y qué grande es la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo!
Ayer celebraba cantando la fiesta de Todos los Santos: hoy recuerda llorando á todos los muertos.

La Iglesia visible celebra, digámoslo así, desposorios ánuos con esa otra iglesia, para la cual no existe ya el tiempo.

¡Día de Todos los Santos! Fiesta á los triunfadores que ganaron en este mundo que pasa la corona inmortal que han de ceñirse en otro que no pasará. Vedles con los ojos del espíritu en el cielo; de toda edad y sexo y condicion, de toda tribu y de toda lengua; á quienes recogió Jesucristo amorosamente en los caminos de la vida, en la montaña y en el valle, en el palacio y en el calabozo; los que en medio de los deleites del mundo permanecieron puros; en medio de sus bajezas, nobles; en medio de sus dolores, resignados; y en lo alto y en lo bajo, y en las alegrías y en las amarguras, amando á Dios y amando en Dios á los hombres.

¡Tambien la muerte tiene su dia! Y en ese dia, ¿por quién pedimos á Dios? ¡Cosa admirable! Por nuestros padres y amigos, pero á la

(1) Palabras tan bellas, conceptos tan sublimes como los de estos pensamientos de nuestro querido y malogrado amigo, rara vez se habrán escrito en ningun idioma. Nunca serán viejos ni importunos para regalar la mente y el oído de nuestros lectores. Vieron la luz primera el dia 2 de Noviembre de 1872, cuando su autor miraba la penúltima de su vida, viniendo á ser como el canto funeral dulcísimo, que entonó á su propio sepulcro.

vez por todos los muertos. Y ahora, á miles de leguas de nosotros, hay hombres á quienes nunca hemos visto, cuyo nombre jamás sabremos, y en estos momentos están rogando por sus padres y amigos; pero tambien por todos los nuestros. Ruegan por las personas que nosotros amábamos, así como nosotros por las personas que ellos amaban.

Divina es una religion que hasta de la muerte se sirve para estrechar la fraternidad entre los hombres.

¡Divina es una religion que hace elevar al cielo por una alma sola, todas las oraciones de la tierra!

Despues del pecado, la muerte es un beneficio. ¡Gracias, buen Dios! Tú te compadeciste del hombre y abreviaste sus dias sobre la tierra: postrado sólo en tu presencia, te damos gracias.

Levantaos los que sufrís y lloráis, mirad á lo alto y alegraos, porque todos hemos de morir.

El pensamiento de la muerte asombra los placeres del impío, refrena los furores del insensato, consuela á los infelices, alienta á los débiles.

El solo pensamiento de la muerte nos ampara á nosotros, los débiles, contra vosotros, los opresores.

Sumergíos en un mar de deleites, ó palpad el oro con alegría codiciosa; pero sabed, desdichados, ¡que habeis de morir! y vendrá un dia, y no se tardará, en que os agarreis, inútilmente, con manos desesperadas de la riqueza que se escapa.

Si un tirano golpea con su cetro de hierro mi cabeza, ó si hundís, verdugos, el puñal en mi pecho desarmado, á aquél y á vosotros diré: Sabed, desdichados, ¡que habeis de morir! y vendrá un dia, y

no se tardará, en que un vengador inevitable quiebre de un golpe el puñal en vuestras manos ó la corona en vuestra frente.

Siente el cristiano algo dentro de sí que le pone á cubierto de toda tiranía. No la teme; que cosa que dura poco, vale poco. No la teme, porque no ha de faltar quien le libre de ella. La muerte es libertad.

Nos asustó el impío exaltado como cedro del Líbano: pasamos, volvimos la cabeza, y ni el lugar vimos ya en que el cedro arraigaba.

Entrad en ese cementerio, alzad las losas, removed la tierra. ¡Qué república, gran Dios, y qué ciudadanos!...

Señores que oprimis á los hombres y os mofáis de Dios, os doy una alegre nueva: dentro de poco sereis ciudadanos de esa república.

Récía cosa debe ser para los grandes criminales, que el mundo laurea, caer de repente y desnudos, y temblando entre las manos de Dios vivo.

Cuando pasó el otoño, y es fría la brisa de la tarde, el insecto se envuelve como para morir, sobre la hoja, juguete del viento; pero cuando el aura regalada, de la primavera, viene á mecerle amorosamente, toma brillantes alas y se vuela. En el sepulcro dejó el hombre su cuerpo miserable; lo que piensa, lo que cree, lo que ama en él, el noble huésped que animaba aquel barro, no entró en el sepulcro: volóse al cielo.

Morir, para quien muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta á las playas eternas: es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles.

ANTONIO APARISI Y GULJARRO.

Día 2 de Noviembre de 1872.

SECCION HISTÓRICA.

UN MUNDO DESCONOCIDO

EN LA PROVINCIA DE EXTREMADURA (1).

LAS JURDES.

TERCERA PARTE.

I.

Porvenir de las Jurdes.

Tenemos, pues, concluido, el estudio del pasado y del presente de las Jurdes; de ese desgraciado país que está siendo el borron de la Nacion Española, con cuanto de particular el mismo encierra. Réstanos para concluir la tarea que nos proponemos en estas memorias, describir

El porvenir de sus habitantes.

Dos grandes ideas despiertan en nuestro ánimo esas palabras: una que enaltece á quien procura establecer las mejoras necesarias para hacerlas salir de su postracion; otra que acusa y de una manera grave á todos aquellos que, teniendo obligacion de proteger la humanidad, abandonan sus sagrados deberes y dejan en su lecho de dolor á 6.000 habitantes que pueblan este territorio.

Despues de una marcha lenta y trabajosa, este es, pues, el porvenir Jurdano: levantarse á la altura de los demas pueblos de la provincia, por medio de las mejoras que en su territorio se introduzcan; hacer que la parte de sus habitantes que están dados á una censurable pereza, entren en el verdadero camino del bien por medio de

(1) Véanse los números anteriores.

ciertos estímulos; que al verdadero trabajador, al pequeño propietario, se les auxilie en sus perentorias necesidades, para evitar que los usureros no concluyan con hacerlos pobres de solemnidad; que con buena educacion se procure desarraigar de su suelo las malas semillas de inmoralidad que siembran los que viven en el fango del vicio; que se procure hacerlos razonables, sociales y prudentes por medio de una enseñanza bien instituida. Si esto se hace, el porvenir es agradable. De no hacerlo, los moradores de este país se convertirán muy luégo en caravanas de mendigos, que recorriendo los pueblos de las provincias circunvecinas implorarán la caridad pública de puerta en puerta, y en hordas de criminales, que con la comision de gravísimos delitos, habrian de producir alarma y perturbaciones en toda la comarca.

Por suerte del país, apénas hay por ahora de los últimos: de los primeros más de los que debiera haber.

El porvenir Jurdano no puede, pues, ser más sombrío: veamos la manera de ponerle remedio.

Si nuestro objeto al trazar las cortas insinuaciones que vamos á hacer, fuera el de bosquejar un sistema radical, para hacer que el estado desgraciado en que hoy se hallan las Jurdes, hubiera de desaparecer por completo en un término dado, nos fuera difícil hallarlo, si en él se habia de seguir cierto órden económico; pero como no anhelamos esto, ni queremos tampoco que siga el abandono en que están, haremos algunas indicaciones, que llevadas á efecto, no tardarán, á nuestro juicio, en dar los resultados más convenientes.

Las Jurdes, como se ha podido comprender, necesitan una mano protectora para desarrollarse; necesitan un régimen económico especial que facilite el desenvolvimiento de los gérmenes de riqueza que contienen.

Por eso vemos que desde 1835, en que estos pueblos comenzaron á gobernarse con entera independenciam, tomaron movimiento, y las Jurdes, que por más de seis siglos habian estado abatidas y sin dar señales de vida (dando con ello pábulo á fabulosos escritos), salieron por fin de su letargo.

Hoy puede decirse que son muy pocos los pordioseros que salen de sus casas á implorar la caridad pública por los pueblos inmediatos; sobre todo, si se tiene presente los que á tan triste condicion se veian reducidos en los años anteriores al 1835.

Hoy ya sus habitantes se muestran más dispuestos á recibir las instrucciones necesarias, trabajan con más perseverancia, con mayor celo, y todo hace racionalmente presumir que no es tan des-

agradable, como pudiera imaginarse á primera vista, el porvenir que está reservado á este país.

¿Podrán las Jurdes salir de la situacion en que se encuentran?

¿Podrán entrar en el estado natural y marcha progresiva de los restantes pueblos de la provincia?

¿Ó será lo mejor abandonar ese miserable país á los impotentes esfuerzos de sus habitantes? Hé aquí unas preguntas que nos dirigió hace poco tiempo un diputado, impulsado tal vez por las acusaciones que en la nota 7.^a de nuestra primera parte dirigimos á los que han desempeñado este cargo, por no llamar una sola vez la atencion del Gobierno y del Congreso hácia este desgraciado país, como lo han hecho otros por sus distritos.

En nuestro sentir, cabe mejorar notablemente y bajo el doble punto de vista moral y material la situacion de este país. Alcanzaráse lo primero, organizando convenientemente la enseñanza, y procurando difundirla cuanto sea posible: se logrará lo segundo restableciendo el arbolado, extendiendo el viñedo, colocando artefactos en algunos saltos de agua donde producirian los resultados más provechosos, y en una palabra, fomentando el desarrollo de los gérmenes de riqueza que en el país existen.

Lo tenemos dicho, y lo repetimos: las Jurdes van sensiblemente mejorando; y si se advierte poco su progreso, y hoy parece que se hallan estacionarias, es únicamente debido á la mala administracion que tuvo en sus principios, á esa mano de hierro que le oprimió en su infancia y no le dejó desarrollarse, á esa sujecion que le impuso la Alberca (hablamos de Nuñomoral y Camino morisco), con sus ordenanzas, y al concurso fatal de circunstancias que la hicieron consumir estérilmente las fuerzas que tanto habia menester para su progresivo desarrollo.

Su estado actual no puede ser más deplorable; así lo dice el señor Madoz en su citado Diccionario, así lo expresó con más exactitud y pormenores el Sr. Larruga, y así lo hemos afirmado nosotros en la segunda parte y lo repetimos ahora.

Pensar que las Jurdes habrán de reanimarse por sí solas; creer que con sus propios recursos saldrán de la miseria y acabamiento en que se ven, es una quimera. Todo lo bueno que se podia realizar con el cambio operado en su administracion el año 35, está ya realizado. Ahora se advierte ya la necesidad de otro recurso, de otra medida protectora que las ayude á vencer las dificultades que se opo-

nen á su próspero desenvolvimiento. ¿Cuáles serán pues ese recurso, esa medida que acabamos de indicar? Veámoslo.

En primer término, la creacion de una casa de socorro ó un Banco de pobres; un pequeñísimo Banco hipotecario jurdano que auxilie á las clases más necesitadas, que les dé ó adelante gratis, y aunque sea por poco tiempo, lo necesario para cubrir las necesidades más perentorias, y corte de raíz el influjo devastador del tanto por ciento, cuya inmoralidad y exorbitancia, en esta tierra, hace de todo punto imposible que una gran parte de sus habitantes salgan de la amarga condicion en que se ven.

El Banco puede crearse, en nuestro sentir, con facilidad, y sin exigir á nadie penosos sacrificios. Los pueblos mismos en cuyo beneficio habia de refluir tal institucion, pueden crearlo. Si aprecian rectamente su posicion, y consultan con sereno juicio sus verdaderos intereses, no hay duda que lo harán.

Como por su especial situacion y por su falta de caminos se hallan las Jurdes completamente aisladas de todo trato y comunicacion con los pueblos del resto de la provincia, no teniendo con ellos ninguna especie de relaciones, carecen de las saludables enseñanzas que resultan del comercio social, y viven con las propias, rústicas costumbres que recibieron de sus padres, y sin otras aspiraciones ni esperanzas que las que tuvieron aquéllos. Resulta de aquí, que como de una parte ignoran las ventajas que engendra el trato, y de otra alcanzan con sus trabajos lo indispensable para satisfacer con la frugalidad que les es propia sus necesidades, apénas se preocupan del estado en que viven, ni hacen instancias para que se arreglen los pasos y malos caminos que tienen, y se creen otros que les pongan en relacion con el resto del país. Si esto ocurriera, despertárase en los jurdanos la emulacion, y se llegarían á sobreponer á muchos otros pueblos.

Para conseguirlo se necesita el camino que la naturaleza tiene trazado desde la Herguijuela ó Cepeda, en la serranía de Francia, hasta Torrecilla de los Angeles en la de Gata, camino tan necesario como ventajoso á este país, toda vez que une la sierra de Gata y Cória con la serranía de Francia, Tamames y Sequeros.

Necesitase de igual suerte que los demas caminos vecinales que atraviesan este país, recorriendo una gran parte de sus alquerías, y los que de todos los pueblos del partido de Granadilla se dirigen á Ciudad-Rodrigo, juntándose en este terreno, se abrieran de tal modo que fueran fáciles los trasportes, siquiera á lomo, de los productos de Castilla á esta parte de Estremadura y viceversa; concediéndose

de los fondos provinciales lo necesario para aquellas obras que no pudieran hacerse por la cuestacion. Con esto los mercados de Ciudad-Rodrigo y Tamames, hoy nulos para toda la cuenca del Alagon, vendrian á ser un manantial de beneficios para las Jurdes, por la union que resultaba entre Ciudad-Rodrigo y Plasencia, que se hallarian en este caso á una muy corta distancia suya.

Hé aquí las mejoras que son indispensables en segundo lugar. ¿Se llevarán á efecto?...

Las Jurdes, segun llevamos en otro lugar indicado, carecen casi por completo de todo elemento de instruccion.

Solo los parrocos habrian podido con enseñanzas piadosas y perseverantes remediar en parte aquella falta; pero hasta 1600 fueron pocos, y más tarde, si bien es cierto que aumentó su número, no lo es ménos (triste es decirlo) que se ocuparon poco ó nada en este asunto por demas interesante.

En las Jurdes, si se exceptúa el Pino, no ha habido hasta época muy reciente centro alguno de enseñanza, y de ahí proviene la falta de personas que sepan escribir y leer, y áun lo que es más, en algunas localidades, principalmente en el concejo de Nuñomoral, hay muchas que, ya adelantadas en edad, no saben ni decir la oracion del Padre nuestro.

¿Qué se puede esperar de un órden de cosas semejante?

¿Qué, cuando en algunos de estos pueblos son absolutamente desconocidos esos principios comunes relativos á los deberes y derechos que el hombre tiene para con Dios y para con el prójimo?

Si se prescindiera de estas consideraciones, no tendrian explicacion los crímenes que con pasmosa frecuencia se ejecutan en este desventurado pais. Teniendo presentes aquéllas, los asesinatos, los infanticidios y parricidios se explican y conciben. ¿Qué otra cosa puede racionalmente esperarse de gentes que sin instruccion ni freno moral se ven dominadas de ordinario por las pasiones más brutales?...

¡Triste cuadro, en verdad, pero por desgracia sobradamente exacto!

¿Qué remedio cabe para esta situacion?

La creacion de escuelas; no hay otro. Mas para que estos centros de enseñanza produjesen los buenos resultados apetecidos, era necesario que el personal fuese escogido, y con especiales condiciones para civilizar y conducir al verdadero camino del bien á los habitantes jurdanos, que tan distantes se hallan de el.

Un personal que, cual los misioneros, renunciassen á toda como-

didad y bienestar, y viniesen llenos de caridad á deramar las luces de la civilizacion sobre estos infelices habitantes.

Por lo que respecta al clero, sería deseable que, celoso del cumplimiento del encargo que se le confiara, no cesase un momento en hacer cuanto pudiera por el bien de los jurdanos: siendo el dispensador de los beneficios que la caridad pública hiciera al país, para que á la vez que con voz fuerte reprendiese sus vicios, con mano benéfica premiara su virtud: eso es lo que en este punto convenia á los jurdanos. Y si al clero parroquial no fuera posible cumplir con estos deberes, el edificio que fué convento de las Batuecas, sito en este territorio, está convidando para servir de morada á muchas personas que se sacrificarían gustosas en esta santa obra de caridad.

Para que las escuelas públicas dieran buenos resultados, era necesario que formaran un círculo grande de enseñanza, creando tantas escuelas cuantas fueran necesarias, atendiendo á la posición y distancias de las alquerías que hay en las Jurdes.

Para el desempeño de las mismas, estamos conformes en que los maestros sólo fueran, si otra cosa no se podia, pertenecientes á la clase de los que desempeñan las elementales incompletas, siempre que el personal reuna las buenas cualidades que se apetecen. Pero era necesario dejarlos no sujetos como hasta ahora á la vigilancia de una junta local compuesta de personas incompetentes, como tienen precisamente que serlo aquellos que la compongan, y á la de un inspector de provincia que no las visita nunca, ó muy pocas veces, cual ha sucedido al presente, que hace más de diez años que no las ve (dando este abandono el resultado funestísimo que vemos), sino á la de un subinspector que, residiendo en uno de los pueblos de las Jurdes, fuera celoso, digno é instruido, é hiciera cumplir exactamente á las juntas locales, á los maestros y á los padres de familia con sus deberes; un subinspector que reasumiendo en sí toda la responsabilidad de la enseñanza jurdana, la vigilara sin descanso. (1)

(1) No podemos ménos de manifestar, si hemos de exponer nuestra opinión en este tan importante asunto (áun cuando se nos atribuya el pensamiento de querer introducir en las Jurdes una educacion afeminada), que preferimos con mucho exceso, el que las escuelas que por ahora debieran plantearse en las Jurdes fueran mixtas, y dirigidas por maestras en vez de serlo por maestros.

El trato familiar más dulce y cariñoso que tiene la mujer no puede desconocerse; que posee un atractivo más eficaz que el hombre para atraerse las simpatías de los niños, tampoco; y que la buena madre de familia constituye la parte mejor para la educacion de los hijos y buen estado de la sociedad, es innegable: que en la enseñanza doméstica y en la educacion de la familia, la mujer ejerce mayor y más sa-

Con estas mejoras, las Jurdes vendrían á tener personas instruidas en los primeros rudimentos morales y sociales, y recibirían un vigoroso empuje en el desarrollo de su vida moral.

En cuarto lugar, la situación financiera de esta comarca es por desgracia tristísima. Como país sin recursos comunales, todos los gravámenes tienen que pesar sobre los contribuyentes. Las cargas son cortas, no lo dudamos; pero dadas las circunstancias del país,

ludable influencia que el hombre, es igualmente conocido. Estas razones nos hacen, entre otras muchas, desear esa forma en el planteamiento de dichas escuelas, porque no puede dudarse que las mujeres están destinadas por la naturaleza misma, y encargadas en primer lugar del cuidado y dirección del niño en sus primeros años.

Las madres son las que nos guían luego que comenzamos á hablar, á dirigir inciertamente nuestros primeros pasos, á conocer y distinguir; y en esta época de la vida, en estos principios, nadie le puede disputar su legítima y provechosa dirección.

Ellas nos enseñan á conocer la existencia de Dios, y á dirigirle nuestras infantiles y puras plegarias... no dejando de poner por obra cuanto conduce á nuestro desarrollo físico y moral.

La educación de las hijas es aún más directa, pues ellas, exclusivamente ellas, están encargadas de dirigirla.

La mujer de las Jurdes, por desgracia, apenas tiene conocimiento de esas obligaciones impuestas por la misma naturaleza, de esos tiernos y solícitos cuidados. Lacta á sus hijos, y á esto quedan reducidas sus funciones domésticas. Ni sabe coser, ni arreglar la comida precisa para la familia, ni ordenar y limpiar los pocos objetos de las casas, y de ahí que éstas sean sucias, y que el aspecto de los hombres, especialmente en las Jurdes altas, repugne por lo sucio y mal compuesto.

Por eso creemos que si se intentara hacer algo por la educación de las Jurdes, debería principiarse por educar la mujer jurdana, haciéndola conocer sus deberes para con su marido, para con sus hijos, para consigo mismas. Hacerla conocer que la limpieza de las personas, aseo de las casas, la buena confección de las comidas, constituyen elementos muy importantes de salubridad é higiene.

Una vez esto conseguido con la educación de las niñas, se logrará tener buenas madres de familia, y existiendo éstas, la educación se mejorará, y habrá mucho ganado para la grande obra de civilizar este país.

Por esto repetimos, que á la educación de la mujer jurdana debe dirigirse la mejor parte de los esfuerzos que por hoy deben emplearse; porque ella influye más que nadie sobre las determinaciones del marido, y es la llamada á formar el corazón de sus pequeños hijos.

Por todo lo dicho, y porque con la creación de las escuelas mixtas, dirigidas por maestras, se llenan los objetos que referimos, al señalar como asunto de primera necesidad para la civilización jurdana, que haya establecimientos públicos de enseñanza en el país, creemos y deseamos que se instituyan estos centros donde los niños aprendan á leer, escribir y contar, y conozcan los deberes de todo hombre respecto á Dios y á su prójimo, y las niñas á ser buenas madres de familia, móvil primero, á nuestro modo de ver, de la civilización jurdana.

todavía son excesivas. Luégo, como esas pequeñas cargas tienen que ser satisfechas á expensas de los precisos alimentos, resulta que al tomar empleados, no se hace segun el mérito de aquéllos, sino por lo ménos que pueda costar su dotacion. Por eso vemos que los secretarios de Ayuntamiento no han tenido la aptitud necesaria, y de abí que la administracion no haya prosperado, sino que ántes bien ha sufrido mil tropiezos, mil irregularidades y faltas, que en definitiva vienen á recaer sobre el pobre alcalde ó sobre todos los individuos de Ayuntamiento, á quienes las autoridades superiores exigen sin piedad ni miramiento responsabilidades que en justicia no les debieran alcanzar, por cuanto proceden de actos que no les son propios.

Dedúcese de esto, que los cargos municipales repugnan á las personas que se hallan dotadas de cierta reflexion.

En haber tenido secretarios inteligentes y buena administracion, consiste la ventaja que El Pino lleva á todos los otros pueblos jurdanos.

Refórmese, pues, en este buen sentido la administracion; planteense como es debido las mejoras necesarias para remediar el mal: créense las dotaciones de los secretarios de modo que puedan ser desempeñadas por personas capaces: refórmese la jurisdiccion de los municipios: suprimanse los inútiles, que sólo conducen á hacer más miserable la condicion de sus moradores, y entónces recibirá nuevo movimiento, y tendrá vida más laboriosa y desahogada esta comarca.

Hay otra medida que, de ser adoptada y puesta en ejecucion, contribuiría mucho al mejoramiento de las Jurdes. Nos referimos al buen aprovechamiento de las aguas que riegan su suelo. Si con ellas se montaran esos establecimientos fabriles, esos artefactos que en muchos puntos parece que demanda la misma naturaleza del terreno, ocuparianse en ellos muchas familias, que sin ocupacion ni trabajo apénas cuentan hoy con lo preciso para subsistir, y se mejoraría, por lo que á esta clase numerosa dice relacion, el porvenir de las Jurdes.

Hé aquí las cosas necesarias para la completa mejora de este pais. Sin llevar á efecto cuando ménos las tres primeras: si por desgracia los representantes del pais, unidos con las autoridades de la provincia, no ponen un remedio para favorecer á estos habitantes: si cual los habidos hasta ahora, en uno y otro concepto, se olvidan de aliviar á los desgraciados jurdanos, ¿qué puede ser de ellos? ¿Cuál es su porvenir? Bien claró está por desgracia.

II.

Conclusion.

Hemos cumplido nuestro propósito de escribir la historia del pasado, del presente y del porvenir jurdano en estas desaliñadas páginas.

¿Qué eco despertarán en las autoridades? ¿cuál en las personas sensatas y caritativas?

¡Ay! La posición de los jurdanos es triste, trístisima; y si en vez de habernos ocupado nosotros en tal asunto, hubiera caído bajo la reflexión atenta é ilustrada de un escritor de correcta pluma y delicado sentimiento, interesaría la relación de tanta desventura, despertaría la caridad en nuestros corazones generosos, y acaso con suscripciones ú otros medios, se reuniría lo preciso para socorrer á este país necesitado.

¡Cuánto gozaríamos si viésemos cumplido este deseo!

¡Cómo nos complaceríamos en ver enjutas tantas lágrimas como derraman hoy constantemente ancianos y adultos, hombres y mujeres, cuando no tienen con qué alimentar á sus desventurados hijos, y ven al desapiadado cobrador de contribuciones secuestrarles los pocos muebles y ganados que tienen, y hasta sus pobres harapos!

¡Con qué placer tan grato veríamos desmentido por completo el calificativo del Sr. Madoz, que al ocuparse de las Jurdes acusa de perezosos y poco emprendedores á sus habitantes!

Pero ya que nos hemos propuesto hacer conocer á nuestros lectores, aunque desaliñadamente, el pasado, el presente y el porvenir de las Jurdes, con las mejoras que éstas reclaman, expondremos nuestro parecer acerca del modo de introducir aquéllas para que pronto quedase este país igualado al resto de la provincia.

Las Jurdes necesitan como medida general y perentoria:

1.º La creación del banco hipotecario que socorra las necesidades públicas.

La miseria en el país es grande: las necesidades hasta en los más acomodados se multiplican, y los especuladores del trabajo ajeno, esos vampiros que con sus crecidas usuras chupan hasta la última gota de sangre de los desgraciados que á ellos acuden, van consumiendo las cortas propiedades de estos infelices, siendo la plaga última que aflige al país, y que le hunde en el más desastroso pauperismo. Las Jurdes, lo repetiremos, están en un triste estado de decadencia, y su ruina se hace inminente si no se les socorre. Por eso

es, á nuestro juicio, la más principal y perentoria de las mejoras que dejamos indicadas, la creacion del banco hipotecario, especialmente Jurdano.

Para su creacion, hemos ya expuesto anteriormente no era preciso sacrificio alguno: el Gobierno, sin otra cosa que llenar un deber de justicia, podia hacerlo. Veamos cómo.

Los terrenos comunales jurdanos, han sido vendidos con la ley de desamortizacion, y el Gobierno ha percibido íntegro su valor en venta, del cual el 80 por 100 corresponde á los pueblos, y debe emplearse en su mejora.

¿Podrá dársele alguna inversion más útil y segura para estos pueblos que crear con el capital suyo propio esta institucion, este banco ó casa de socorro?

Con sólo el 80 por 100 de los bienes vendidos á los pueblos del cuadrilátero jurdano, podria constituirse aquél, sin que los propios de los pueblos fueran perjudicados en sus capitales é intereses. Podrian así tener ese establecimiento santo y benéfico, que auxiliase á los habitantes de las Jurdes, dándoles nueva vida, nuevo movimiento y felicidad...

Con sólo el 80 por 100, que vendria á constituir un capital de 25.000 duros, podria (sin causar á nadie perjuicio) hacerse la felicidad de más de 1.500 familias, que desde tiempos muy remotos gimen en la desgracia!!

Pero en el supuesto de que esta tan pequeña cantidad no bastara: en el caso de que este cortísimo capital fuera insuficiente, ¿no podria reunirse más, por medio de una suscripcion voluntaria abierta en el reino? ¿No pudiera emplearse en tan caritativo objeto algo de los fondos del presupuesto del Estado correspondiente al artículo de calamidades públicas? ¿No se están concediendo grandes cantidades á los pueblos que padecen algun quebranto procedente de aquéllas? ¿Y habrá acaso alguna mayor que la que padecen los jurdanos, sin casa y sin lecho, y sin pan, olvidados por completo de todo el mundo, si no es para la exaccion de las contribuciones?

¿Faltaria para ellos la caridad española?

Mil ejemplos nos presentan las inundaciones de los pueblos de la Ribera del Júcar, y las desgracias de las ruinas de Manila, de la caridad cristiana en que se inspiran los españoles, y de lo dispuestos que se hallan siempre á remediar desdichas y socorrer desvalidos; ¿quedarán exceptuados de esa obra hidalga y caritativa los pobres moradores de las Jurdes?

2.^a El abrir la vía de comunicacion que uniera á sierra de Gata

y tierra de Coria con la serranía de Francia, era tambien una medida apropiada para alcanzar el propósito que vamos señalando.

Que el interés de esta vía es no sólo provincial, sino general, es cosa evidente. Estúdiase el asunto, y se verá la certeza de nuestro dicho.

Su construcción daría por resultado á las Jurdes:

1.º La comunicación fácil con Castilla y Extremadura, y la unión de las carreteras de Hoyos á Aldeanueva del Camino, con la de Béjar á Ciudad-Rodrigo, y de Sequeros á Salamanca.

2.º El proporcionar trabajo por algun tiempo á los jurdanos, á quienes se ponía en comunicación con Castilla y Extremadura.

3.º El fácil transporte de sus frutos, que pudiendo ser vendidos á precios regulares, habrían de dar un aumento á su riqueza; y con estos buenos resultados, la emulación para el trabajo y nuevas roturaciones.

La Diputación provincial debe mirar con detenimiento tal indicación, si quiere hacer algun beneficio á este país, y á los que pueda interesar unir por medio de tan corto trayecto, dichas carreteras y las dos provincias.

Pero si su excelencia, cuerpo á quien le toca por su honra propia promover el bien de los habitantes de su provincia, y por consiguiente reparar las desgracias de su territorio por todos los medios que están á su alcance, no trata de separar de sí y del suelo de la provincia que administra ese lunar que mancha su nunca desmentido celo por el bien de sus administrados, y conceptúa que no debe hacer el sacrificio del pequeño gasto que pudiera originar, rogáremos una y mil veces al señor Gobernador, á cuyo cargo está el hacer llevar á efecto la construcción de caminos vecinales, no ceje un momento hasta que consiga abrir el que proponemos; pues con ello haría un beneficio inestimable á las Jurdes. Llevamos dicho en otro lugar, que las cuestiones vecinales ordenadas y llevadas á efecto con regularidad darían muy buenos resultados.

3.º Las escuelas públicas exigen una organización especial en las Jurdes; si se quiere que en ellas existan y se perpetúen esos preciosos centros de instrucción y moralidad, es preciso que las dote y sostenga el Gobierno. De otra suerte, ó no seguirían, una vez que fuesen establecidas, ó de seguir no llenarían su verdadera misión.

Los pueblos jurdanos están tan oprimidos por la necesidad, que suponiéndoles los mejores deseos no podrían mantener aquéllas.

La autoridad eclesiástica, á quien tambien alcanzan ciertos cargos por su poco tino en la elección de directores espirituales (á cuya

circunstancia, más que á otra, creemos debido el indiferentismo religioso que se nota en los jurdanos, es preciso que mire con detenimiento cuanto dejamos expuesto sobre el clero; y cumpliendo nuestro deseo, no cabe duda que las Jurdes vendrian pronto á mudar de posicion en un sentido favorable.

4.º No es tan fácil la construccion de edificios fabriles, que aprovechando los hermosos saltos y raudales de agua que corren por su suelo, dieran trabajo á estos habitantes; pero si llegaran á establecerse: si alguna persona de genio industrial se presentara á hacerlo, alcanzarian con ello las Jurdes otro notable beneficio que completaria su anhelado mejoramiento.

Estas son las mejoras necesarias para las Jurdes en general. Pasemos á las de cada localidad.

La administracion pública no puede desconocerse por nadie que es la fuente principal de las riquezas de los pueblos, y yendo aquélla bien ordenada, ésta se aumenta; al paso que siguiendo la marcha contraria, la ruina de los municipios es segura. Los secretarios de Ayuntamiento en estos pueblos son, pues, la vida de los mismos, y por eso al tiempo de arreglarse esta parte, al hacerse la division territorial, y mejoras locales y de jurisdiccion de este país, debiera mirarse esto por la autoridad del ramo con el mayor detenimiento, providenciando del modo más equitativo y justo, con lo que se haria mucho bien á las Jurdes. Las mejoras locales son las siguientes:

Pino.

En la administracion pública y económica poco debe tocarse, pues es bastante buena. La division territorial también es buena, porque si Ovejuela dista de la matriz tres leguas, en las que se emplean cuatro horas, como es alquería aislada, poco puede hacerse en su favor. No obstante, la escuela pública que está acordado crear en ella, debe establecerse para concluir de instruir á sus habitantes y colocarlos á la altura en que están los de otros pueblos.

En las cinco alquerías de Horcajo, Avellanar, Héridas, Aldehuela y Castillo se necesita más. Se hallan á muy corta distancia entre sí, y forman un conjunto de 430 vecinos; la distancia al Pino es de tres leguas, y esto les hace emplear un trabajo grande para venir á su matriz. Si en lo respectivo á la administracion no deben separarse de

la matriz, deben sin duda serlo en lo eclesiástico; fundándose una parroquia para ellas, con una buena escuela, donde se eduque la niñez.

Las escuelas que deben establecerse en la Saoceda y en el Pino, y la construcción de un puente sobre el río de los Ángeles, que dé fácil salida y paso al transeunte para recorrer sus alquerías, son para el Pino las necesidades apremiantes.

Camino Morisco.

Si no estuvieran á la vista la forma y las distancias de este municipio, difícil nos fuera el poder creer que exista uno tal como es él. Es necesaria su reforma, y para ello fijar en primer término los límites á su jurisdicción civil, judicial y eclesiástica.

Creemos que debe dividirse su territorio en esta forma:

1.º Segregar de él y agregar al Pino la alquería de Pino alto con su socampana, ó sea desde la Portilla de las Ánimas y Arroyo Hondo de las Calentejas hácia dicho Pino.

2.º Segregar del mismo modo á Riomalo de abajo, y unirlo con toda su socampana, ó sea aguas vertientes al río de Mestas, al Cabezo.

3.º Hacer lo mismo con Arrolobos y su terreno, que vierten aguas al río Jurdan, y unirlo á Nuñomoral.

4.º Dejar con las restantes alquerías el concejo, cuya matriz, dándole su nombre, fuera Cambroncino.

5.º Y en su virtud, separar de la provincia del Pino las alquerías de Aceña, Arrocerazo, Calabazas, Dehesilla y Huerta, y unir las á Cambroncino; con lo cual quedaban un concejo de cortas dimensiones y de 180 á 200 vecinos, con su parroquia. Con estas reformas, teniendo una escuela en Cambroncino y otra en la Dehesilla, creemos hecho lo preciso para remediar este pueblo.

Nuñomoral.

Ya tenemos dicho, y lo repetimos, que Nuñomoral fué sólo un concejo hasta 1845, en que por causas poco morales, ciertamente, se dividió en tres municipios. Nosotros, conceptuando innecesaria y perjudicial esta división, abogaremos siempre por su anulación, creando nuevamente el antiguo municipio.

A su localidad debe agregarse Arrolobos, alquería de Camino Morisco.

En este pueblo deben por lo ménos establecerse dos escuelas de niños y niñas, organizadas con la mayor perfeccion posible, á fin de asentar sobre sólidas bases la educacion.

En la administracion necesita una completa reforma: hacer cumplir exactamente y con el mayor rigor á sus Ayuntamientos la ley de caminos vecinales y asistencia de los niños á la escuela, y con ello, si el Gobierno, conociendo las necesidades que afligen á este país, trata de tenderle una mano protectora, su repugnante estado pudiera tener fin.

Cabezo.

Este municipio, creado en 1845, necesita: 1.º que su parroquia, hoy aneja á la de Mestas, quedara como matriz, viviendo su párroco en él, para que pudiera tener una representacion más directa en los asuntos necesarios á la instruccion pública y otros, cuya cooperacion con la autoridad local le tienen encomendados nuestras leyes; 2.º que se crease una escuela en cada una de las tres alquerías que tienen parroquia; 3.º que se aumente la jurisdiccion de este municipio con la alquería de Riomalo de abajo, toda vez que sólo dista de él dos cortísimas leguas, al paso que está á seis de Camino Morisco; y 4.º que el señor Gobernador, con toda la energía indispensable, obligue á su Ayuntamiento á cumplir con la ley de caminos vecinales, aunque sea necesario para ello hacer uso del mayor rigor.

Casares.

Poco tenemos que decir particularmente de los Casares. Compuesto este municipio de las alquerías de su parroquia, todas próximas ó como suele decirse á voz de campana, sólo necesitaba una escuela pública y hacer, con la ley de caminos vecinales, lo dicho anteriormente.

Ribera de Oveja.

Este municipio ha venido á ser una carga pesada para las cuatro quintas partes de sus moradores, y su anexion á otro pueblo es necesaria por lo tanto.

Compuesto de 43 vecinos que en sus dos terceras partes son pobres de solemnidad, manteniéndose una gran parte del año de la caridad pública, mal pueden, no siendo á fuerza de inmensos sacrificios, sostener los gastos que el municipio origina. Es necesario que las

autoridades se fijen en ello, y formando el convencimiento de la necesidad de extinguirlo, se haga así.

Como son tan pobres, no pueden sostener escuela pública, y difícilmente sostienen secretario de Ayuntamiento, si no es, cual hoy, viviendo en diferente pueblo; pues la escasez de su dotacion no le permite poder vivir con ella ni al más económico individuo. Estas y las demas cargas municipales les son tan gravosas, que tienen que sufrir con ellas más de lo que pueden llevar.

Por estas razones creemos que el municipio de Ribera de Oveja debe suprimirse, y toda vez que para satisfacer gran parte de sus necesidades acuden al Casar, de donde sólo dista media legua, debe ser agregado á él. También era una cosa útil la creacion de un coadjutorato para esta alquería, con residencia en el Casar, para el desempeño de las funciones parroquiales en aquélla, y que su parroquia se trasladara á la Pesga, toda vez que estriplicada la poblacion, y dista hora y media de mal camino.

Hé ahí lo necesario para que los habitantes que pueblan estas montañas puedan salir del ignominioso estado en que se ven.

¡Quiera Dios que nuestra débil voz, que nuestro modesto, pero bien intencionado trabajo, llegue á conocimiento de los caritativos y generosos españoles! De esta suerte, podrán tender una mano protectora á tanta infelicidad, á tan abyecto y lastimoso estado.

ROMUALDO MARTIN SANTIBAÑEZ.

CRÓNICA Y VARIEDADES.

A LA MUERTE DE MI ESPOSA.

Otra vez, alma afligida,
brote la sangre copiosa
de tu mal cerrada herida;
que al cielo voló mi esposa
dejándome aquí sin vida.

¿Porqué la luz de tus ojos,
del alma puros cristales,
no aparece, si de hinojos
corre mi llanto á raudales
sobre tus frios despojos?

¿Y porqué tu boca pura
la contemplo muda, helada,
ningun sonido murmura,
cuando el alma traspasada
tengo en inmensa amargura?

—
¿Cómo activa animacion
no imprime á tu rostro frio
mi delirante afliccion?
¿Por qué al impulso del mio
no late tu corazon?

—
¿Por qué las manos cruzadas
tienes sobre el pecho fijas,
mientras en llanto anegadas
rezan tus amantes hijas,
ante un Cristo arrodilladas?

—
¿Qué medios desconocidos
podrán la vida volverte
reanimando los sentidos?

¿Cómo arrancar de la muerte
tus yertos restos queridos?

—
Pero, ¿qué digo, insensato,
transido por el dolor
y en mundanal arrebató?...
Perdon mil veces, Señor;
yo tus designios acato.

—
Bendita por siempre sea
tu voluntad soberana;
tuyo es, Señor, cuanto crea,
por más que la arcilla humana
sólo su egoísmo vea.

—
Perdon si en lucha fatal
aquí en el misero suelo,
nuestra pasion terrenal
olvida que allá en el cielo
está la patria eternal.

R. T. MUÑOZ DE LUNA.

12 de Noviembre de 1876.

Expediente para beatificar á Cristóbal Colon. — El *Boletín Eclesiástico* del obispado de Barcelona, ha publicado el siguiente curioso documento, que tan íntima relacion tiene con los fastos más gloriosos de la nacion española:

«Petición para obtener de Su Santidad la firma del decreto de beatificación del siervo de Dios Cristóbal Colon.»

Beatísimo Padre: piadosamente se cree que el atrevidísimo navegante genovés Cristóbal Colon, fué elegido por la divina Providencia para descubrir las regiones de más allá del Océano, desconocidas en su tiempo, y para que brillase allí la luz del Evangelio, á fin de que, disipadas las tinieblas en que estaban sentados sus moradores, fuesen atraídos por

medio del sagrado bautismo al gremio de la Iglesia católica, fuera de la cual no puede haber salvacion.

Sabido es cuántas tribulaciones, cuántos trabajos, con grande paciencia cristiana é invencible constancia, toleró Colon pacíficamente y con ánimo imperturbable para llevar á cabo su mision providencial, y cuántos ejemplos de virtudes dió á sus contemporáneos y legó á la posteridad, por los cuales desde entónces su nombre está en veneracion.

Tambien esa Sede apostólica, reconociendo la superior mision de este varon preclarísimo, le honró con el cargo de legado apostólico, que fielmente desempeñó abrasado de celo ardentísimo, con fe firmísima, inquebrantable esperanza y caridad celestial.

Movidos de estas consideraciones, en primer lugar el excelentísimo príncipe Cardenal Fernando Donnet, Arzobispo de Burdeos, y despues muchos prelados de la Iglesia católica, pidieron á vuestra Santidad se dignara autorizar la introduccion de la causa del referido preclaro varon y siervo de Dios para que le pudiesen ser decretados por esa Santa Sede apostólica los públicos honores de la Iglesia, guardado el orden excepcional, á cuyos votos y súplicas junta humildemente la presente petition el infrascrito Obispo, el cual, aunque indigno, ocupa la sede de esta famosísima ciudad de Barcelona, donde se hallaban los Reyes Católicos Fernando é Isabel cuando Colon, vuelto incólume del Nuevo-Mundo con la ayuda de Dios, despues de su primera navegacion difícilísima y orizada de peligros, les presentó las primicias de las gentes de aquellas regiones, hasta entónces desconocidas, y en donde probablemente fueron bautizados aquellos naturales de Indias.

Y hallándonos actualmente en unos tiempos en que no pocos obcecados por los errores del naturalismo y racionalismo atribuyen todos los acontecimientos del mundo á causas puramente materiales, negando la intervencion de Dios, causa primera de todas las causas, supremo Hacedor y primer motor, contribuirá muchísimo para combatir estos errores el que sea reconocido el dedo de Dios en aquel suceso tan trascendental que abrió en el Nuevo Mundo regiones inmensas á la propagacion de la fe católica, y el que su instrumento y ministro, dotado de tan relevantes virtudes, sea honrado y venerado como enviado de Dios para tamaña empresa.

Todo lo cual, beatísimo Padre, mueve al infrascrito Obispo á suplicar con instancia y encarecimiento á vuestra Santidad el que se digne firmar, con las dispensas necesarias, la introduccion de la causa del muy esclarecido siervo de Dios, mientras implora para sí y para el rebaño á él confiado vuestra bendicion apostólica.

Barcelona 8 de Setiembre de 1876.— *Fr. Joaquin*, Obispo de Barcelona.— D. S. B.»

De *La Revista Franciscana* de Barcelona tomamos lo siguiente, relativo al mismo asunto:

TRIUNFO DE LA CAUSA DE CRISTÓBAL COLON.

«*Su verdadero matrimonio con Beatriz Enriquez.* — Recibo en este momento de mi doctísimo co-hermano el Padre Ramon Buidú, provincial de Cataluña, de todos conocido por sus muchas é importantes publicaciones religiosas, la siguiente preciosísima carta, que de seguro pondrá el sello al triunfo de la causa del inmortal Cristóbal Colon. Ruego encarecidamente á todos los periódicos católicos de Europa y de América se dignen insertarla inmediatamente en sus columnas.

«Valencia en España, 12 de Agosto de 1876. — Fray Marcelino de Civezza, cronista general de toda la Orden franciscana.

Muy Reverendo Padre Marcelino de Civezza:

Mi más apreciado Padre: con el mayor placer he leído la célebre obra de que V. P. tanto me habia hablado, del conde Rosell y de Lorgues, *Vida de Cristóbal Colon y motivos para pedir su beatificacion*, obra que V. P. ha traducido con tanta elocuencia al italiano, y que ha, además, adicionado para destruir completamente la torpe calumnia de Angel Sanguineti y algunos otros escritores, enemigos del mérito y de la santidad del ilustre descubridor del Nuevo-Mundo. Apénas habia empezado á leer la otra obra del mismo docto escritor, *Satan contra Cristopho Colomb*, cuando pasando por Valencia quise ver la biblioteca de la Universidad, y encontré en ella la tan rara como preciosa obra *Primera parte de las noticias historiales de las conquistas de Tierra firme en las Indias occidentales*, compuesta por el Padre Fray Pedro Simon, natural de Parrilla, obispado de Cuenca, hijo de la provincia de Cartagena en Castilla, y provincial de la seráfica Orden de San Francisco del nuevo reino de Granada en las Indias, y este hallazgo fué para mí de buen agüero.

Algunos escritores franceses han copiado casi enteramente esta preciosa historia, sin dignarse ni siquiera hacer mencion del autor, y han ofrecido al público, como fruto de sus trabajos históricos, lo que han copiado de este célebre franciscano. Pues bien; esta obra, dirigida por su autor al invictísimo y mayor monarca del antiguo y nuevo mundo, Felipe IV, en su real y supremo Consejo de las Indias, y que se imprimió en Cuenca el año 1627, llena de confusion y de vergüenza á los detractores de la virtud y santidad del gran terciario Cristóbal Colon. Este ilustre franciscano, que escribió sus *Noticias históricas* por disposicion de un monarca español; este hijo de San Francisco, célebre por su saber y venerable por su santidad, dice en el capítulo XIV de la *primera noticia* de la mencionada obra: «D. Cristóbal Colombo (que así se llamaba, sino que por la más fácil pronunciacion le quitaron la última sílaba y una pierna á la *m*, y le llamaron Colon), caballero de la ciudad de Génova, buscando mejor ventura vino á Portugal, donde casó una vez con Doña Felipa Muñiz de Perestrelo, de quien tuvo á D. Diego Colon. Enviudó, y casó segunda vez en la ciudad de Córdoba con Doña Beatriz Enriquez,

natural de aquella ciudad, que parió á D. Fernando Colon, que salió de mucha virtud y letras» (1).

El que desee conocer todo el valor y peso de la autoridad de este escritor franciscano, lea las obras bibliográficas de Ternaux, Brasseur, Denis Maisouneve, Shea y Caulin, *Historia corográfica, natural y evangélica, de la nueva Andalucía*. Puesto que V. P. se ha esforzado en confundir, con tanta copia de razones como de elocuencia, á los enemigos de nuestro santo terciario Cristóbal Colon, me complazco en comunicarle, ántes de regresar á Barcelona, este testimonio que, en mi concepto, es decisivo. Como español y como franciscano me intereso por la causa de Cristóbal Colon, y doy gracias al Señor por haberme concedido hallar tan precioso documento.

Aprovecho esta ocasion para reiterarle el sentimiento de mi veneracion y afecto.

Valencia 14 de Agosto de 1876. — Fray Ramon Buldú, provincial observante menor de Cataluña. »

Tenemos el placer de comunicar á nuestros lectores, que la anterior carta de nuestro director Padre Buldú, ha sido ya reproducida por gran parte de los diarios católicos de Europa. Hé aquí lo que de ella dice, entre otros, *La Unitá Cattolica* de Turin del dia 22 de Agosto:

«*Segundo matrimonio de Cristóbal Colon.*—Nadie ignora con qué ardor, erudicion y santo zelo, ha promovido el Rdo. Padre Marcelino de Civezza la canonizacion de Cristóbal Colon. Tampoco ignora la polémica que este Padre sostuvo contra los que afirmaban que Colon tuvo un hijo natural, Fernando, lo que era un motivo más que suficiente para negarle los honores del altar.

Pues bien; en *El Anunciador de Valencia* del 12 de Agosto, hallamos un documento que manifiesta claramente el triunfo de la causa de Cristóbal Colon. Es una carta del Rdo. Padre Ramon Buldú, ministro provincial de Cataluña, el cual dice haber hallado en la Biblioteca de la Universidad de Valencia una obra muy rara y estimada, que lleva por título *Primera parte de las noticias historiales de las conquistas de Tierra firme en las Indias occidentales*, compuesta por el Padre Fray Pedro Simon

(1) Hé aquí la traduccion italiana del texto: «Don Cristoforo Colombo (che così si chiamava, ma poi per piu facile pronunzia della parola, ne tolsero l'ultima sillaba, e un pié della *m*, chiamandolo *Colon*) cavaliere di Genova, cercando miglior fortuna, venne in Portogallo, dove si ammogliò la *prima volta* con Donna Filippa Muñiz di Perestrello, dalla quale ebbe Don Diego Colon. Rimasto vedovo si ammogliò per la *seconda volta* nella città di Cordova con Donna Beatrice Enriquez, naturale di quella città, che partorì Don Fernando Colon, che si rese tanto noto per la molta sua virtù e la sua erudizione.»

de Parrilla, y estampada en Cuenca el año 1627 por orden del Rey católico. En el capítulo XIV de esta obra, el docto autor escribe las siguientes palabras, que nos place publicar en lengua española:

(Aquí pone *L'Unitá Cattolica*, primero el texto castellano que acabamos de copiar, y luego la traducción italiana, y añade):

El Padre Marcelino, y aún más el Padre Buldú, califican de decisivo este documento; nosotros también, como ellos y como *El Católico* de Venecia, esperamos que lo será, para que la gloria y la santidad del célebre genovés brillen puras y sin mancha alguna.»

También el reverendo Fray Marcelino de Civezza, historiador de la Orden franciscana y consultor de la santa congregación de *Propaganda Fide*, ha dirigido al *Siglo Futuro* la siguiente carta, que transcribimos con mucho gusto:

«Señor Director de *El Siglo Futuro*: Muy señor mío y de mi más distinguida consideración: Tengo el gusto de participar á usted que se ha encontrado un nuevo documento decisivo acerca del verdadero matrimonio de Cristóbal Colon con Doña Beatriz Enriquez de Córdoba, en la biblioteca de la real Academia de la Historia de esta villa de Madrid.

Este precioso documento se encuentra en la *Historia general de la muy leal ciudad de Córdoba y de sus nobilísimas familias, que escribió el doctor Andrés Morales, natural de Córdoba*; manuscrito que se conserva en dicha biblioteca.

El *Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, etc., de España*, por D. Tomás Muñoz de Romero (Madrid, 1858), hablando de este manuscrito, dice así:

«Manuscrito en dos gruesos volúmenes en folio en la Academia de la Historia, biblioteca de Luis de Salazar, H. 44 y 42. Trátase en esta extensa obra mucho más de los linajes de Córdoba que de su historia; así es que algunos la citan con el título de *Historia y nobiliario de Córdoba*. El autor, según hemos visto en una nota de un manuscrito de esta misma obra, fué el Padre Alfonso García, de la Compañía de Jesús, hermano del Dr. Andrés Morales.»

Y del Padre García encontré las siguientes noticias en la *Bibliotheca Scriptorum Societatis Jesu*, del Padre Pedro Ribadeneira (*Antuerpiae*, 1643), *Alphonsus Garcia, natione hispanus, patria Cordubensis, a primis annis Societate adscriptus, in ea quatuor vota solemniter professus est, Canarienses, seu Fortunatas insulas evangelica praedicatione lustravit, unde rediit Ossunensi Collegio Rector datus, brevi desiit anno 1618.*

Ahora, hé aquí el precioso documento:

«Cristóbal Colon, el primer conquistador, descubridor de las Indias Occidentales, fué Almirante mayor dellas, Duque de Beraguas y Marques de Xamaica; y casó dos veces: la primera en Portugal, donde vivió en su mocedad, con doña Philipa Muñiz de Perastrello, de quien tuvo á su

hijo mayor D. Diego: segunda vez casó en Córdoba, donde fue vezino seis años, con una señora desta ciudad llamada Doña Beatriz Henriquez de Harana, de linaje de hijosdalgo, descendientes de Vizcaya, y della tubo á D. Fernando Colon, cavallero de grande entendimiento, valor, virtud, y grandes letras, despues que salió del servicio del Principe Don Juan, cuio paje fue.»

Documento importantísimo, que en todo corresponde al que encontré en Valencia mi docto hermano el Padre Ramon Buldú.

Puesto que usted se ha ocupado con tanta bondad en la causa del grande siervo de Dios, Cristóbal Colon, me complazco en comunicarle tan grata nueva, pidiendo que se digne publicarla.

Aprovecho esta ocasion para reiterarle el testimonio de mi veneracion.

Madrid, 18 Octubre 1876.—FR. MARCELINO DE CIVEZZA, historiador de la Orden franciscana, y consultor de la santa congregacion de *Propaganda Fide.*»

Finalmente, tomamos de la *Voce della Verità*, que ve la luz en Turin, el siguiente artículo:

«RECTIFICACION DE LA FAMA DE CRISTÓBAL COLON.—A fin de que nuestros lectores conozcan la importancia del nuevo documento descubierto en Madrid, por el Padre Marcelino de Civezza en defensa del segundo matrimonio de Cristóbal Colon con una señora de Córdoba, diremos algo acerca de la controversia suscitada en los últimos años. El canónigo Sanguinetti, de Génova, con motivo de una obra reciente del conde Roselly de Lorgues, sostuvo la antigua acusacion de los protestantes, del ateo d' Abzac y de otros espíritus ligeros contra la legitimidad de este matrimonio.

La cuestion era muy importante para la fama del glorioso descubridor del nuevo hemisferio, sobre todo ahora, cuando el mencionado conde, verdadero restaurador del nombre de Colon en este siglo, ha hecho tan patentes con sus doctos libros las admirables virtudes cristianas de Cristóbal Colon. Los acusadores de la virtud de éste han pretendido rebajarla, representándolo unido ilícitamente con la indicada señora, y tratando de fundar su odiosa acusacion sobre documentos no claros, ó sobre meros sofismas indignos de toda crítica séria y desapasionada. El más tenaz en sostenerla ha sido un conciudadano suyo, Sanguinetti; y la suma de sus razones contradictorias se encontrará en una Memoria suya, publicada el último año en un periódico de Turin por excesiva condescendencia. Las objeciones de Sanguinetti se dirigen especialmente á combatir el solidísimo edificio de gloria histórica que el conde Roselly de Lorgues ha erigido con sus publicaciones al inmortal genovés.

Mas el erudito conde en pocos meses ha escrito un excelente volúmen, respondiendo á Sanguinetti y á todos los que han intentado denigrar la memoria de Colon, en el cual ha sacado triunfante la evidencia acerca de la legitimidad del segundo matrimonio de Colon. El nuevo volúmen tiene

por título: *Satan contre Christophe Colomb, ou la prétendue chute du serviteur de Dieu*; libro tan lleno de buen sentido, tan razonado, tan rico de pruebas y de hechos, que nos ha parecido una obra maestra de ciencia crítica. La *Civiltà Cattolica*, en su cuaderno 631, correspondiente al 4.º de Octubre, ha dado brevemente noticia de él, asegurando que la virtud é inocencia de Colon no podía estar mejor demostrada.

Nos alegramos vivamente que el incansable francés, ilustrador de esta grande gloria de Italia, haya vuelto á la palestra á reivindicar el honor, tan sin cordura ofendido, por italianos y conciudadanos suyos. Pero la Providencia ha dispuesto que miéntras el señor conde de Roselly, con los documentos ya conocidos, anulaba las falsas acusaciones y los sofismas de los adversarios de Cristóbal Colon, el ilustre Padre Marcelino de Civezza hiciese públicos otros documentos ignorados, que confirman hasta la evidencia las conclusiones históricas del nuevo libro de Roselly.

Los periódicos católicos han reproducido la carta del Padre Marcelino, en la cual se encuentra una cita de una historia impresa en Cuenca en 1627 y dedicada á Felipe IV, afirmando como cosa de comun notoriedad, el legítimo matrimonio de Colon. A este descubrimiento se ha añadido ahora otro, que el Padre Marcelino ha comunicado á *El Siglo Futuro* de Madrid.

Estos dos nuevos testimonios que tan claramente confirman el notorio y público matrimonio de Colon, concluyen de dirimir la controversia.»

Sienta bien que en LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, Revista española, en que se da culto al amor á la religion y á las glorias de la patria, tenga eco lo concerniente á aquella gloria tan pura de nuestra edad de oro, el gran reinado de los Reyes Católicos Isabel y Fernando. Y ¡qué espectáculo tan bello ofrece la Iglesia católica afanándose por depurar la verdad histórica, honrar al genio y limpiar la fama póstuma del sabio navegante y descubridor de un nuevo mundo, del único unar que la crítica no bien informada señalaba en su nobilísima figura! Loor al héroe, loor al mártir acaso de la envidia de émulos ruines; pero loor al mismo tiempo á la Religion divina y á la Iglesia santa, que así acogen y realzan todas las virtudes y noblezas, para enaltecer á la humanidad; ora brillen en lo alto de las naciones, ora en los senos ignorados de las catacumbas.

Sesion inaugural de La Juventud Católica. — Accediendo con gusto á la atenta invitacion de *La Juventud Católica*, tuvimos el domingo último la satisfaccion de asistir á una de las más interesantes y fecundas sesiones de esta Academia, plantel escogido de jóvenes cristianos, en que la sociedad y la Iglesia pueden fundar risueñas esperanzas.

Siete prelados honraron con su presencia la fiesta, que estuvo presidida por el Emmo. Cardenal Simeoni, secretario del Papa.

El Presidente de la Academia, Sr. Casares, anunció con sentidas frases el objeto de la sesión, dedicada á celebrar el recuerdo glorioso de la Romería española. Despues ocupó la tribuna el Sr. Barsi, y pronunció un discurso muy notable, donde no supimos qué admirar más, si la galanura y gallardía de la frase, ó la intencion y valentía de los conceptos. El jóven orador refirió paso á paso los hechos culminantes de la Romería, pintando de mano maestra, con el color y brillo de su palabra elocuente, los rasgos edificantes de los peregrinos, y la grandeza y magnitud, sobre todo, del inmortal Pontífice Pio IX.

Recitaron luégo bellísimas poesías los Sres. Godró, Rosanes, Lázaro y Martorell, impregnadas todas en el exquisito aroma de la piedad cristiana, pero brillando en unas la severidad de los dogmas de la Iglesia, y en otras la gracia festiva de la buena sátira española.

Los Reverendos Prelados asistentes dirigieron, por último, su autorizada palabra á la *Juventud Católica*, que tan gallarda muestra ofrece de su acendrado catolicismo, prenda segura de sus legítimos triunfos.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Santiago encareció los beneficios de la Romería y alentó á los jóvenes á combatir contra el indiferentismo religioso, la sensualidad de nuestros tiempos y la tibieza de los creyentes. Con entonacion valiente el Reverendísimo Patriarca de las Indias felicitó á los peregrinos, que han dado al mundo ejemplo admirable de fe viva, entera, y valerosa. El Ilmo. Sr. Obispo de Cuenca recomendó la perseverancia para concluir felizmente la obra de la restauracion católica, inaugurada en España con la Romería al Vaticano; y el de Tuy, despues de hacer suyas las palabras de sus hermanos, demostró que la salvacion de la sociedad está puesta en manos de los jóvenes.

Por último, el Emmo. Cardenal Simeoni exhortó á que se propagaran y acrecentasen las asociaciones de la juventud católica, á que jamás tome esta asociacion color alguno político, y con fraternal amor se despidió de la Academia, encomendándose á las asociaciones de los jóvenes católicos para cumplir dignamente el difícil cargo que el Padre Santo acaba de confiarle.

Con la bendicion del venerable purpurado terminó la sesión á hora muy avanzada de la noche.

Nosotros salimos de la reunion con el ánimo dulcemente conmovido, y el corazon lleno de grandes esperanzas.

Creemos que debiera ensancharse mucho la asociacion, llamando á ella á todos los adolescentes y á los jóvenes provecetos, que buscan en la ciencia y las letras el cultivo de su entendimiento y las nobles expansiones del alma. A ello debiera contribuir la eleccion numerosa de personas acreditadas y de voz elocuente que ocuparan las cátedras, alternando cada dia; la de un espacioso local en vez del reducido de hoy; y el afan zeloso de los padres para encaminar por ese rumbo á sus hijos en la edad

de más peligros y seducciones por un lado, y de más inquietud y vaguedades por otro. Si todo esto se hiciere, juzgamos que no tardaría en notarse la abundancia del fruto.

El Sr. Cardenal Barrio.—Este virtuoso y zelosísimo prelado, pasó á mejor vida el día 23 de Noviembre. Al regresar de Roma, recién elevado á la dignidad de Cardenal, ofreció á sus amados fieles de la religiosa Valencia vivir y morir entre ellos, y así ha sucedido. El obispado de Cartagena, que rigió 43 años, y el arzobispado de Valencia, en que ha gobernado 16, no olvidarán nunca á tan esclarecido y ejemplar prelado.

LIBROS RECIBIDOS.

La peregrinacion española en Italia.—El Sr. D. Manuel Perez Villamil, nuestro muy ilustrado colaborador y amigo, ha escrito con el título precedente una bellísima historia de la última peregrinacion y de otras anteriores, con la galanura y profundidad que son prendas tan estimables del estilo del autor. A todos nuestros lectores recomendamos este precioso libro, cuyo anuncio verán en su lugar correspondiente.

La Cuestion de Oriente.—Recuerdos de Italia.—Con tales títulos ha publicado la *Biblioteca de autores selectos contemporáneos* dos nuevos libros del Sr. Castelar, que están llamando la atencion del público. Escritos ambos con la riqueza y galanura del estilo peculiar del autor, no hay que advertir que son por su forma notables, sin más circunstancia desfavorable para un gusto depurado y severo que su misma exuberancia, no poco propensa á excesivas ampliaciones y poética divagacion.

Tocante á su fondo, cabe decir que en él se ve persistir el misticismo natural y propio del autor, que aunque nombra bastante la filosofia no la posee ni profundiza, y aunque ama el cristianismo puro, á juzgar por su desamor al protestantismo, en repetidas ocasiones manifestado, cae constantemente en la contradiccion y flaqueza de combatir á la religion verdadera en sus ataques sistemáticos al catolicismo, y en su profusion de encomios al sentimiento religioso de la naturaleza humana, que pone por encima y casi aparte de las que llama religiones históricas. Su otro tiempo amigo el filósofo krausista Salmeron, diria lo mismo con distintas palabras: «quiero la religion natural, pero no quiero ninguna religion positiva.» Y sin embargo, se nos alcanza que ha de haber gran distancia, tocante á este punto como á otros, entre el pensamiento de Salmeron y el de Castelar, con más fijeza y hostilidades en el primero, con más vaguedad y benevolencias en el segundo.

El substractum respectivo de cada uno de estos libros, aparte su erudicion grande y su lozana y poética forma, puede afirmarse que está en el final de cada uno.

En *La Cuestion de Oriente*, dadas las condiciones que reseña y analiza de los pueblos de aquella region distinguida, propone como solucion el constituir una federacion de pueblos escogidos y autónomos, á saber: de latinos en Rumania (Moldavia y Valaquia), de eslavos en Iliria (Servia y Montenegro), de semi-eslavos en Bulgaria, y de helenos en Grecia, con su comun capital cosmopolita, la gran Constantinopla; federacion que salvaria la paz y libertad del mundo, conteniendo el poderío desmesurado de Rusia, Alemania ó Austria.

En la segunda parte de *Recuerdos de Italia*, despues de las bellísimas descripciones, á que presta materia y ocasion tan propicia aquel suelo privilegiado, concluye por esclamar: «El error de los errores consiste en que cada secta, cada religion, cada filosofia, cada sistema, se cree todo el ideal. No; el ideal completo está en la mente de toda la humanidad y se realizará en el seno de Dios.»

No habremos menester acaso advertir á nuestros lectores que, fuera de su propension política, hallamos grandeza y honradez de instinto en las soluciones propuestas en el primer libro, al par que miras previsoras respecto de las agitaciones trascendentales de esa cuestion magna que conmueve há muchos años y ha de seguir conmoviendo á Europa.

En cuanto al remate y conclusion de los *Recuerdos de Italia*, fuerza es decirlo, no significa lo mencionado nada cierto y fijo en filosofia ni en religion; es una simple frase grandiosa y resonante, con escaso contenido, y éste puramente de doctrina krauso-panteista, á la cual, á pesar de su divorcio de Salmeron, y no sabemos si queriéndolo ó no, propende por hoy en sus manifestaciones el misticismo del Sr. Castelar. ¡Cuánto más alto y seguro volaria su espíritu por los espacios inconmensurables y luminosos de aquella religion que nació su cuna y guarda el sepulcro de su madre, de la cual nos habló tantas veces la voz elocuente del afamado orador!

C. M. PERIER.

Nombres de las casas de campo.—Llamábanse en otro tiempo en Castilla las casas de campo *Retiros*, como que sus dueños se retiraban á ellas para gozar y darse buena vida. Y de aquí una casa de campo ó quinta del rey en Madrid se llamó y aún conserva el nombre de *Buen Retiro*; es decir, retiro excelente, ó con más comodidades que los retiros ó casas de campo comunes.

Covarrubias dice que se llamó *Quinta* la casa de campo, porque el arrendador de ella daba al dueño la *quinta* parte de lo que se cogia de fruto. Por la misma razon se denomina *Quintero* el arrendador.

Se llama *Torre* la casa de campo de los alrededores de Barcelona, por-

que la mayor parte de ellas estaban un día fortificadas, á manera de las torres militares, á fin de estar á cubierto de un golpe de mano en las frecuentes invasiones y correrías que hacian por las playas del Mediterráneo los moros berberiscos de las costas de Africa.

Solemos tambien llamar Tívoli á un sitio ó casa de campo deliciosa, con alusion á la pintoresca *Tívoli*, la antigua Tibur de los romanos, situada á cinco leguas de Roma á la izquierda del *Tevorone* (el rio Anio), que ofrece un punto de vista el más agradable.

Por su bella situacion construyeron los romanos por todos sus alrededores las más deliciosas villas, quintas ó casas de campo. Consérvanse todavia en ellas restos de su antigua magnificencia, como varias cascadas, ruinas del templo de Vesta, Hércules, de la Sibila, de la quinta de Horacio, de Adriano, etc.

Máximas de gramática parda.— Un labriego de lugar enseñaba á sus convecinos las reglas siguientes de vida práctica:

Fiar... en Dios.

Sacar la cara... por la ventana.

Dar... los buenos dias.

El mundo se va poniendo así; pero es el mundo en que no imperan las ricas y sublimes virtudes cristianas, las cuales combaten el egoismo, sin renegar de la prudencia, y enseñan para todos y en todos tiempos y ocasiones la ley purísima y generosa de la caridad, cuyas reglas son:

Confiar... en Dios.

Hacer... cuanto bien se nos alcance.

Dar... al pobre todo lo que podamos.

ADVERTENCIA sobre La Hoja Popular.—Con este número de la REVISTA se publica el 48.º de *La Hoja popular* (que repartimos gratis), de la cual recibirá dos ejemplares cada uno de nuestros suscritores. Les rogamos que propaguen su lectura por cuantos medios juzguen oportunos entre todas las clases, y en especial las trabajadoras, de la sociedad.

Los propietarios que tengan numerosos dependientes, los dueños y directores de fábricas y talleres, y los de explotaciones mineras ó agrícolas, los profesores de enseñanza, los párrocos, las autoridades locales, los padres de familia, pueden hacer el pedido que gusten de estas *Hojas populares*, las cuales les serán remitidas, gratis tambien, para que contribuyan á los nobles y benéficos fines de su publicacion.

Los asociados, los suscritores, y el público en general, ven así confirmados constantemente los ofrecimientos de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

Director, C. M. PERIER.
